héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

LA ULTIMA PESTE

LAW SPACE



SOLO PARA ADULTOS


héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA

héroes del ESPACIO

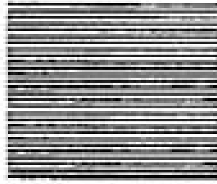
NOVELAS ECSA

LA ULTIMA PESTE

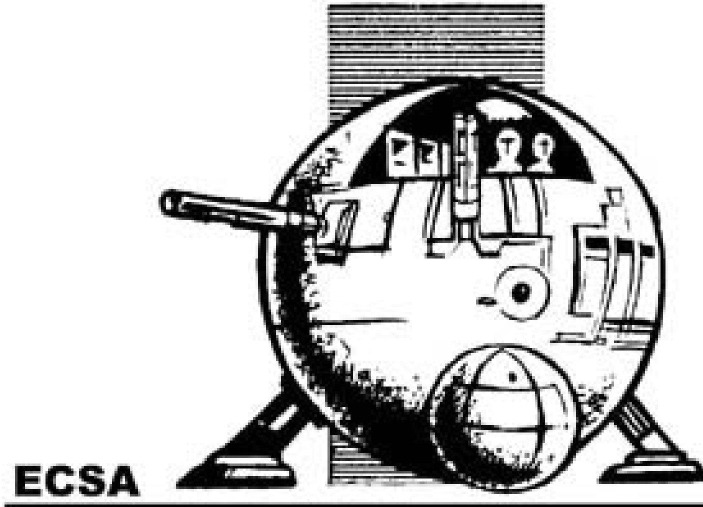
LAW SPACE



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



LA ÚLTIMA PESTE

LAW SPACE

CAPÍTULO PRIMERO

Eran todos vecinos. Como mucha gente. Y vivían en esas zonas que rodean a las ciudades, esos barrios satélites a los que habían huido los que deseaban un poco de paz.

Los Carson poseía la «villa» más elegante y suntuosa de todo el barrio. Dos pisos, un amplio jardín con piscina y un doble garaje, capaz de encerrar los dos coches de la familia: el de Hoppy, el hermano soltero, y el de Eddie, que, con su mujer, Lana, y su hijo, Clark completaban los habitantes de la casa.

Justo enfrente, al otro lado de la calle, bordeada de árboles, que estaban aún poco crecidos, vivían los Lumen: Alan, el esposo; Kelly, la mujer, y Bob, el pequeño y travieso pelirrojo.

Los Carson y los Lumen...

Otros nombres cabrían aquí, y otras ciudades, repetidas hasta el infinito. Porque en aquellos últimos años del siglo XX, los hombres y las cosas giraban todas, en cualquier región de la Tierra que se considerase, de modo idéntico.

Eddie Carson era físico y estaba ocupado en las instalaciones termonucleares situadas a medio centenar de millas de allí; su hermano, Hoppy, era piloto de astronave, aunque en aquella época no se había conseguido más que ir a la Luna.

Alan Lumen era jefe de rampa y prestaba sus servicios en el Ejército, en una base que se hallaba a mitad del camino entre las instalaciones termonucleares y la ciudad.

Físico, astronauta y jefe de rampa. Tres personajes que se hubiesen multiplicado por cualquier cifra, sin cometer error alguno, ya que en aquellos tiempos las actividades del hombre se limitaban a eso: fabricar bombas y proyectiles teledirigidos cada vez más perfectos y mortíferos, investigar el espacio exterior y proceder al lanzamiento de las armas destructoras en cuanto llegase el momento.

Las demás actividades humanas estaban, modestamente, situadas en un plano absolutamente secundario.

Aquel domingo, muy de mañana, Bob, el hijo de los Lumen, salió

corriendo, como una exhalación, hacia la casa de sus vecinos. Su cabellera rojiza llameaba bajo el sol, como si estuviera dispuesta a inflamarse de un momento a otro.

Clark, el hijo de los Carson, le esperaba junto a la puerta del jardín.

—¡«Hello»! —le saludó viéndole llegar.

—¡«Hello», Clark! ¿Se han levantado ya?

—Sí, están preparando el desayuno.

—Mis padres también están levantados. ¿Sigue la apuesta en pie?

—¡Claro que sí!

—Ya verás como somos nosotros los que perforaremos primero el túnel.

—Lo haremos nosotros.

—¡Que te crees tú eso! Ten cuidado y separa la cabeza de la pared. Porque la perforadora de mi padre puede dejarte sin ella.

—¡Ilusiones! Nosotros tenemos dos perforadoras y mi tío Hoppy las maneja mejor que nadie. ¡Hoy perforaremos nosotros!

—Prepara los veinte dólares. Los vas a perder miserablemente.

—Prepara tú los tuyos.

Hubo un corto silencio.

Ambos niños estaban seguros de que no llegarían jamás a un acuerdo.

Después, Clark, bajando la voz, dijo:

—¿Sabes que mi tío Hoppy está terminando la nave del espacio?

Los ojos de Bob brillaron intensamente.

—¿Sí?

—Como te lo digo. Aunque, en realidad, han hecho dos: una pequeña para pruebas, y otra mayor para ese tipo que paga a tío Hoppy.

—¡Qué suerte tienen los ricos!

—¡Y que lo digas! ¡Fíjate! Una nave del espacio para viajar a Marte.

—¿A Marte? No lo creo.

—¿Por qué no, tonto?

—Porque nadie llegó hasta allí. He leído en las revistas de papá que dos expedicionarios que salieron de la Luna fracasaron.

—Yo también lo he leído; pero eso no quiere decir nada.

—¿Por qué?

—Porque tío Hoppy ha descubierto muchas cosas nuevas y está seguro de llevar la astronave hasta Marte. Primero enviarán la pequeña, que se dirige ella sola, para demostrar al ricacho que tío Hoppy tiene razón. Claro. Irá llena de magnesio, explotará en Marte y se verá desde el observatorio cuando estalle. Así podrán estar seguros de que mi tío Hoppy tiene razón.

—¿Y la otra?

—Es para ese tipo que tiene tantos millones. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?.

—He oído decir a tío Hoppy que ese hombre ha mandado hacer la nave para huir.

—¿Para huir? ¿Le persigue la policía?

—¡No seas estúpido! Es para huir de la guerra.

—¿De la guerra? ¿De qué guerra?

—De la que va a haber. De la guerra de hidrógeno. ¿No lo suponías?

—¡Bah! No habrá guerra. Papá me ha dicho que, aunque los rusos lanzasen todos los proyectiles que quisiesen, los pararíamos todos. Mi padre tiene una rampa lanzacohetes, la más grande del país.

—Pero no importa —insistió Clark—. Habrá guerra de todos modos.

—¿Y qué si la hay?

—Pues que a ese tipo y a mi tío no les pasará nada, por que estarán en Marte.

—¿Y vosotros?

—Tío Hoppy ha dicho que, si algo malo sucediese, lograría de su patrón que nos embarcase. La nave es capaz de llevar a cien personas.

—¡Vaya suerte que ibas a tener! ¡Ir a Marte!

Bob se rascó su rojiza cabellera y miró, no sin cierta envidia, a su amiguito.

—¿No podrías decir —se atrevió a preguntar— a tu tío que convenciese a ese tipo para que nos llevase también a nosotros?

—Tu padre no podrá moverse de la rampa si hay guerra. Pero le diré a tío Hoppy que te deje venir con nosotros.

—¿Es eso verdad? ¿No te burlas de mí?

—¿Por qué iba a hacerlo? Con toda seguridad, los que vayan

menos yo, serán personas mayores. ¡Menudo aburrimiento! Al menos contigo, podré divertirme y recorrer la astronave.

—¡Me llevaré mi equipo de hombre del espacio!

—Y yo el mío. Aunque seguramente nos darán equipos de verdad.

—¿Es posible?

—¡Claro! ¿Cómo quieres que bajemos en Marte si no los llevamos?

—¡Qué estupendo!

Guardaron silencio, entornando los ojos y haciendo desfilar por sus infantiles mentes las escenas de aquel fantástico viaje en el que ya se creían embarcados.

—¡Booob!

El pelirrojo se despertó bruscamente.

Se volvió y vio que su mamá le llamaba desde la baranda de su casa.

—¡A desayunar, Bob! —insistió la mujer.

—Ya voy.

Y volviéndose a su amigo, se despidió:

—Hasta luego.

—Oye, Bob.

—¿Qué?

—De esto que acabamos de hablar, chitón. ¿Entendido?

—No te preocupes. No diré nada a nadie.

Clark contempló cómo se alejaba su amiguito y se volvió para entrar en su casa.

La mesa ya estaba puesta.

Se sentó en su sitio, silenciosamente, dejando que su mamá le sirviese el desayuno.

Su padre y tío Hoppy hablaban.

—Es formidable la demanda de cemento y acero que hay —dijo Hoppy—. Por lo visto, las cosas van en serio.

—¿En qué te fundas?

—En que el gobierno no pone trabas a la entrega de materiales de construcción. ¡Todo el mundo ha logrado autorización para construir su propio refugio!

—Eso no quiere decir nada.

—Te equivocas. La tensión internacional es cada día mayor.

Tanto nosotros, como los rusos, hemos llegado a la saturación de armas defensivas y ofensivas. Creo que, desgraciadamente, ha llegado el momento de la verdad.

—¡No creo que empecemos nosotros!

—Tampoco yo; pero lo harán ellos.

—Será una locura.

—¿Y quién dice que no? Fíjate bien que el viejo Sutton está muchísimo más informado que nosotros.

—Ese hombre está loco.

—No lo creas. Él sabe que la guerra es inevitable. Y después de haber logrado todo lo que ha deseado, se agarra a la vida con todas sus fuerzas, sabiendo que es lo único que puede quedarle.

Eddie asintió, con un gesto de cabeza.

—Es curioso. Un hombre que, como Bart Sutton, ha conseguido todo lo que ha querido y se ha convertido en el hombre más poderoso de la Tierra, se convence ahora, ante el peligro que se avecina, de que de nada van a servirle las riquezas acumuladas y que sus magníficos refugios, por hondos que sean, no le librarán, cuando salga de ellos, de encontrarse en un mundo donde no interesará vivir en modo alguno.

—¡Eres extremadamente pesimista! —intervino su esposa.

—No, querida; me quedo corto siempre. ¿Qué sabéis vosotros de lo que puede significar una guerra como la que se avecina? Se ha escrito mucho sobre lo que puede ser, pero nadie, excepto los que trabajamos en la industria atómica y nuclear, podemos prever, ligeramente, lo que sería una hecatombe de ese género.

—Sutton no lo sabe como tú —dijo Hoppy—, pero lo prevé. Por eso desea estar muy lejos en cuanto el lío se desencadene.

—¿Y cree que no encontrará peligros en el viaje?

—No los encontrará, Eddie. El día que conozcas la astronave te quedarás con la boca abierta…

Sonrió jovialmente.

—No vayas a creer que practico el autobombo, no. Pero estoy plenamente satisfecho del trabajo que he hecho y estoy seguro que llegaremos a Marte.

—Suerte la tuya…

Hoppy frunció el entrecejo.

—También vosotros iréis —dijo, con el rostro ensombrecido—. Si

la locura de la humanidad estalla, no pienso dejaros aquí.

Eddie se encogió de hombros.

—No sé qué decirte, pero me gustaría quedarme.

—¿Eh? —no pudo por menos de decir Clark. Le miraron todos sonriendo.

—¿Qué te pasa, hijo mío? —inquirió Lana.

—Que papá quiere quedarse…

—¿Y tú?

—Yo quiero ir a Marte.

Hoppy sonrió.

—No te preocupes, hijo mío. Papá decía cosas que tú no puedes entender. Papá quería decir que si el hombre desea verdaderamente aniquilarse, nada más puede merecer la pena.

—¡Qué manera de hablar a un niño! —protestó Lana.

Justamente y, por fortuna, en aquel preciso instante llegó hasta ellos un sordo rumor procedente del subsuelo.

Clark palideció.

—¡Los Lumen han empezado a trabajar!

—¿Tanta importancia tiene eso? —inquirió Hoppy.

—¡Claro que tiene, tío Hoppy! He apostado veinte dólares a que nosotros perforábamos un túnel antes que ellos.

La carcajada fue general.

—¿Y con quién has apostado tan enorme fortuna, eh?

—Con Bob.

Tío Hoppy se levantó de un salto. Y saludando, al estilo militar, dijo:

—Entonces… ¡A la lucha! ¡No quiero que mi sobrino pierda la apuesta! ¡Vamos, Eddie!

Abandonaron la mesa y fueron, con Clark, hacia la entrada del refugio situado junto a la cocina. Muy pronto estuvieron abajo.

Las perforadoras estaban allí.

El ruido de la de Alan Lumen llenaba la estancia de vibraciones. Y casi enseguida, las dos que manejaban los hermanos Carson unieron su estrépito a la que funcionaba al otro lado.

Con los ojos brillantes, Clark seguía el camino de los largos tallos de acero.

Al otro lado, Bob, junto a su padre tenía los ojos muy abiertos y esperaba el momento en que la perforadora de Alan calase al otro

lado.

Y así sucedió.

De repente el cuerpo de su padre salió proyectado hacia adelante y el tallo de la perforadora penetró al otro lado.

—¡Viva! —exclamó Bob.

Alan retiró la perforadora, asomándose al orificio.

—¡Buenos días, vecinos!

Hoppy se acercó al agujero, por el otro lado.

—¡Has ganado, Alan!

—¿Qué quiere decir?

—Bob y Clark habían apostado veinte dólares a quién sería el primero en perforar... ¡Eh, Bob!

El pequeño subió sobre la tierra, asomando su cara por el orificio.

—¡Buenos días, señor Hoppy!

—¡Hola, diablillo! ¿Dónde se ha metido Clark?

Se volvió, viendo que el pequeño había desaparecido.

—No ha resistido el momento de la derrota. ¿Por qué no vas a buscarle a casa y le dices que lo de la apuesta era una broma?

Bob frunció el entrecejo.

—¿Y... el dinero?

—Yo te lo daré. ¡Anda y búscalo!

—¡Voy!

Los mayores siguieron trabajando y media hora más tarde, el orificio alcanzaba el tamaño que debía tener, el de una puerta.

Se sentaron y encendieron sendos cigarrillos.

—Ahora no nos queda más que arreglar un poco todo esto —dijo Alan.

—¿Un poco? —rezongó Hoppy—. Nos queda lo peor: convertir esta galería de mina en un hogar.

—Un par de semanas y estará hecho.

Eddie no había dicho nada y mirando fijamente a Lumen, preguntó:

—¿Cómo van las cosas, Alan?

—¿A qué te refieres?

—A tu rampa. Hoppy no deja de decir que la guerra es inminente.

—Siempre lo ha sido; pero, por el momento, el peligro no es

mayor que en otras ocasiones. Nosotros seguimos tan preparados como de costumbre.

—Pues ya verás como tendrás trabajo muy pronto —insistió Hoppy.

Alan frunció el entrecejo, mirando fijamente a su interlocutor.

—Te aseguro, amigo mío, que los hombres que tengo a mis órdenes empiezan a estar cansados de tanta inactividad. Es algo que ni hasta yo puedo dominar.

—No te entiendo.

—Verás. Cada día repasamos las armas, hacemos los cálculos y «paramos teóricamente» todas las armas teledirigidas que un presunto enemigo lanza contra nosotros. Así, poco a poco, de una manera lenta pero más segura, hemos llegado a estar plenamente convencidos de que el enemigo no tiene nada que hacer y que, mientras nuestros «interceptores» destrozarán los proyectiles que nos lancen, nuestros «Tigres», llamamos así a los teledirigidos de punta de hidrógeno, sembrarán la muerte y la destrucción en el campo enemigo…

Guardó unos instantes de silencio, como si se diese cuenta de la tremenda importancia de aquellas palabras.

—Cada ciudad enemiga y muchas de sus bases militares y fábricas están marcadas en las futuras trayectorias. Los lanzamientos se harán, empezando por las «jaurías».

—¿Qué es eso?

—Grupos de proyectiles que chocarán contra los que el enemigo interponga en nuestras más importantes trayectorias. Una vez deshechas sus defensas en el aire, los «Tigres», con su horrible potencia destructiva, seguirán tranquilamente su camino, inexorablemente, hasta sus objetivos previstos.

—¿Y el enemigo no tiene «jaurías»?

—Es posible que las tenga; pero no en la misma cantidad que nosotros. Ya contamos con un sesenta de bajas en los «Tigres»; pero tenemos ciertos procedimientos secretos para burlar al enemigo: los primeros. «Tigres» serán falsos: corderos disfrazados de lobos. Así, el contrario malgastará sus «jaurías», encontrándose impotente cuando la verdadera lluvia de muerte caiga sobre él.

—¡Menudo panorama! —exclamó Eddie, sombríamente.

—No hay más remedio que defenderse.

—Pero eso significará la pérdida total de la humanidad. Porque, por mucho que tú digas, el enemigo no será tan inferior como se deduce de tus palabras.

—¡Venceremos! —exclamó Alan, con un entusiasmo sincero.

Eddie se encogió de hombros.

—No habrá vencedores ni vencidos —concluyó lúgubremente.

* * *

Las ratas estaban asustadas. Las perforadoras automáticas vibraban por doquier y su vibración hacía estremecer la tierra, y aquel escalofrío de la materia llegaba hasta las grutas de las ratas, haciendo que las crías temblasen de miedo y erizando los pelos de las madres que daban de mamar, sobrecogidas de terror, a sus pequeñuelos.

Las ratas estaban asustadas.

¿Qué hacía el hombre?

Hasta entonces, aquella extraña criatura se había limitado a vivir en la superficie del suelo, dejando sus misteriosas y oscuras honduras a las ratas. Pero ahora, inesperadamente, el hombre abría agujeros e imitaba en todo a las madrigueras de los roedores.

Los agujeros se multiplicaban por todas partes y la Tierra se estremecía bajo el suelo, por donde se movían los seres pálidos, con los ojos brillantes, ahondando más y más, con sus potentes máquinas.

Algunos habían ya trasladado la totalidad de sus cosas valiosas al subsuelo y habían llevado sus mujeres y sus niños colocándolos en aquellas guaridas lejos de la luz del sol, que el hombre parecía haber amado siempre por encima de todas las cosas de su mundo.

¿Qué ocurría?

Las ratas estaban asustadas.

¡Aterrorizadas!

Y con motivo.

Aquello no era normal.

Jamás, desde que su memoria recordaba, a través de los siglos, había buscado el hombre el refugio cálido de la Tierra. Bien conocían las ratas algunos de los formidables agujeros que había hecho su enemigo de siempre: las minas; pero aquello no era más que un hecho esporádico y, ni mucho menos, la generosidad que se notaba en ese momento.

Ahora era distinto.

Los grandes machos se atrevían, jugándose el todo por el todo, a asomarse a aquellas iluminadas galerías que había hecho el hombre. Y lo miraban, cargado de objetos, de víveres y ropas, colocarlo todo, como si se dispusiese a trasladarse aquí para siempre.

Muchas ratas habían tenido que buscar nuevas madrigueras y muchas de ellas murieron bajo las gruesas botas de los hombres al ser sorprendidas por las perforadoras en el momento en que se disponían a trasladar sus familias a sitio más hondo y seguro.

El asombro se pintaba en sus ojuelos y los pelos se erizaban sobre sus gruesos lomos.

Estaban atemorizadas.

Y con razón.

Las ratas tenían miedo…

CAPÍTULO II

Detuvo Hoppy su vehículo, después de haber atravesado la vigilada verja que rodeaba la inmensa propiedad de Bart Sutton.

Paró el coche junto a la escalinata de mármol dejando que uno de los criados se lo llevase, mientras él penetraba en el edificio.

Harry Walker, el secretario, lo esperaba en el lujoso hall.

—Mister Sutton lo verá enseguida.

—¿Dónde está?

Walker sonrió con desprecio.

—En el refugio.

Carson frunció el entrecejo.

—¿Pasa algo?

—La televisión ha dicho que la tirantez internacional es peor que nunca. Y el «viejo» se ha levantado en pijama y se ha hecho conducir en su carro de ruedas al refugio número 3.

—Vamos.

Atravesaron el vestíbulo, pasando al otro salón, tan amplio como el anterior, una de cuyas paredes estaba completamente cubierta de puertas de ascensores. Cada una estaba marcada con un húmero que correspondía a los de los refugios a los que conducían.

El tres era el más profundo y seguro. Estaba a doscientos metros bajo tierra.

El liftier saludó a los dos hombres y, cuando estuvieron en el ascensor, oprimió el botón. El vehículo tardaría apenas cuatro segundos en llevarlos al refugio.

Momentos más tarde, después de atravesar la «cámara de asepsia», que había costado una fortuna y que servía para aniquilar todos los microbios, y en la que había, además, un sistema complejísimo de contadores Geiger capaces de determinar la menor sospecha de radiactividad, llegaron al salón acondicionado donde se hallaba el «viejo».

Bart Sutton era un hombre que frisaba en sesenta años, pero el aspecto cansado de su rostro y, sobre todo, el miedo pasado en los últimos tiempos, le habían envejecido mucho más, dándole un aspecto cerúleo, arrugado y apagado.

Sólo sus ojos, como dos ascuas, brillaban en el fondo de sus hundidas cuencas.

Estaba sentado en una silla funcional, capaz de moverse impulsada por un pequeño motor atómico, y pudiendo subir escaleras y rampas con toda comodidad.

Al ver a Hoppy, el viejo pulsó el botón, y la silla avanzó rápidamente hasta ellos, frenando suavemente a un paso de Carson.

—¡Creí que no vendría jamás!

La ansiedad se leía claramente en sus ojos.

Retrocediendo la silla, señaló unos asientos para los recién llegados, y se colocó después ante ellos.

El «refugio» era, en realidad, un salón de lujo asiático dotado de un enorme televisor, de una biblioteca imponente y un mueble-bar completo. A un gesto del viejo, Walker sirvió tres whiskys y volvió a ocupar su asiento.

Hoppy esperaba a que el otro hablase, y tenía el vaso entre sus dedos.

—Hay malas noticias —dijo el viejo.

—¿Usted cree? ¿Ha oído alguna cosa sensacional en la televisión?

Sutton se encogió de hombros.

—¡Bah! ¡La televisión no puede decir nada nuevo! ¿Sabe cuánto me cuestan mis informaciones, Hoppy? Cien mil dólares semanales,

pero yo estoy más enterado que todos los Estados Mayores juntos.
Carson bebió un sorbo, sin despegar los labios..
—Se está preparando un ataque.
—¿Desde Rusia?
—No.
—No entiendo.
El viejo se pasó la lengua por los labios resecos.
—Van a empezar a disparar desde cualquier punto, evitando que se pueda localizar al agresor, al menos en las doce primeras horas. Ya sé que esta información sería valiosísima para nuestros Estados Mayores... ¡Pero no diré absolutamente nada! Si lo hiciese, tomarían sus medidas con tan poca cautela, que al cabo de media hora los rusos estarían enterados de todo. Y cambiarían inesperadamente sus planes.
»Lo que me interesa, después de saber lo que ha llegado hasta mí, es que usted, Carson, prepare la marcha lo antes posible.
—Todo está dispuesto, señor; pero creí que íbamos a hacer una prueba con la pequeña astronave.
—¡Ya la haremos!
—¿Cuándo?
—¡Hoy mismo! Esta astronave, según sus cálculos, tardará doscientas horas en llegar a Marte. Tenemos el tiempo justo para verificar que todo marcha bien. Mis observatorios detectarán la llegada de la astronave y fotografiarán la explosión de la carga de magnesio. Inmediatamente después, saldremos de este maldito planeta.
Hoppy asintió con un gesto de cabeza.
—Todo eso está muy bien, pero me parece un poco acelerado.
El rostro de Sutton se empurpuró hasta las blancas cejas.
—¡Soy yo quien manda, no lo olvide! Todo lo que le parece precipitación es, por el contrario, pérdida de tiempo... ¡Y ya hemos perdido bastante!
—Como usted quiera.
—Hay que ponerse a trabajar inmediatamente. El ataque puede desencadenarse, según mis informaciones, en el plazo de una semana o menos. Quizá algo más, pero, sea cuando sea, nosotros ya estaremos lejos y nos importará un bledo lo que pase en este mundo de maldición.

Se volvió hacia su secretario.

—¡Y la prisa también va para usted, Walker! Si desea seguir a mi servicio, lo que significa la salvación de los suyos, ha de preparar todo lo referente al viaje en esta misma semana. ¡Todavía no ha llevado las provisiones a la astronave!

—Se hará, señor.

—¿Y la lista de pasajeros?

—Eso depende de usted.

—Yo ya se la entregué. Todos los que vienen conmigo son amigos míos... Creo que falta mi hijo.

—Hemos hecho todo lo posible por encontrarlo, señor.

Sutton se frotó las manos vigorosamente.

—¿Dónde diablos se habrá metido ese imbécil? Me dijo que iba a África, a una cacería, y no he logrado comunicarle mi decisión... ¿Es que no se da cuenta de todo lo que le reservamos? ¿Será loco hasta el punto de no ver que los Sutton van a crear una nueva humanidad en Marte y que serán los dueños absolutos?

Walker sonrió.

—En cuanto lo sepa, señor, correrá hacia aquí.

—¡Hay que encontrarlo!

Y después del silencio, se volvió hacia Carson.

—Pueden irse y ponerse inmediatamente al trabajo. Usted, Hoppy, antes de marcharse de casa, vendrá a decirme cómo van las cosas. Quiero que el lanzamiento de la astronave se haga cuanto antes... ¿Podrá ser esta misma tarde?

—Convendría mejor mañana, señor. Calculando el horario, nos interesaría que la explosión fuera visible desde la Tierra. Por eso, para que se efectúe durante la noche, debemos esperar a mañana.

—¿A qué hora?

—A las nueve, según le he dicho en otras ocasiones.

—¡De acuerdo! Venga, no obstante, a verme cuando haya terminado su trabajo de hoy.

—Está bien.

Salió seguido del secretario, que una vez fuera del ascensor no pudo menos que exclamar:

—¡Viejo asqueroso!

Hoppy le miró con sorpresa.

—¿Está usted enfadado con él?

Nunca, hasta aquel instante, se había sincerado el secretario con él; pero ante su sorpresa, exclamó:

—¡Si pudiera destrozarlo entre mis manos! Por desgracia, no puedo decirle nada ahora, pero cuando llegue la hora, le tiraré a la cara su «magnífica» promesa de escapar a Marte.

—¿No vendrá usted con nosotros?

—No. Ese monstruo no quiere niños en la expedición: dice que no puede tolerar más que a sus amigos, pero no desea ver humanos nacidos en esta época. También dice que quiere que los pequeños que existan sean los que nazcan en Marte.

Hoppy se mordió los labios.

Estuvo a punto de decir que él esperaba que el viejo dejase ir a su hermano, su esposa y Clark; pero, pensado que podría lograrlo más tarde, ya que sin él la astronave no saldría de la Tierra, guardó silencio.

—Tengo dos hijos —dijo el otro—. Y que no vaya a imaginarse ese viejo imbécil que voy a dejarlos aquí para embarcarme en su loca aventura.

Hubo un corto silencio, mientras caminaban por el amplio pasillo hacia las instalaciones exteriores donde estaban las dos astronaves.

—Quizá sea —dijo Carson, con tono conciliador—, porque no ha encontrado a su hijo; pero, cuando venga, puede ser que cambie de parecer.

Walker sonrió levemente.

—¡Su hijo! Todos sabemos dónde está su hijo.

—¿Es posible?

—¿Es que usted no lo sabía?

—En absoluto.

—Tom Sutton no está muy lejos de aquí. Lo que ocurre es que está completamente convencido de que su padre se ha vuelto loco de remate. Y por eso no quiere asomarse por estos lugares. Eso de la «dinastía de los Sutton en Marte» y las demás excentricidades del viejo, le han hecho reír a carcajadas. Prefiere sus diversiones en la ciudad a estar encerrado aquí, esperando el momento de salir hacia los planetas.

—Entonces… ¿lo sabe todo?

—Todo. Y no piensa venir aquí hasta que su padre se haya ido fuera de la Tierra. Sólo entonces vendrá para hacerse cargo de toda

la fortuna.

—¿Y si mister Sutton le deshereda?

—No puede hacerlo. Además de ser el último pariente que le queda, el viejo loco no puede, jurídica y legalmente, desheredar a una persona como su hijo, ya que huye de la Tierra. Las nuevas leyes así lo dicen. Por eso, Tom está tranquilo.

—Comprendo.

Habían llegado a una puerta que atravesaron, pasando directamente a un hangar de grandes dimensiones, en cuyo centro reposaba una especie de cigarro puro, cuya plateada superficie brillaba intensamente.

Era la astronave.

La otra, destinada a la prueba de lanzamiento, estaba situada en uno de los extremos y no medía más de quince metros de longitud, siendo de la misma forma que su hermana mayor.

Después de detenerse unos instantes entre los técnicos y obreros que ultimaban la grande, los dos hombres continuaron su camino hasta pararse definitivamente ante la pequeña.

Todo estaba preparado.

Durante todo el día trabajó preparando nuevamente los cálculos y repasando los detalles para que pudiera procederse al lanzamiento de aquella nave del espacio la mañana siguiente.

Pero, a pesar de la intensidad de su labor, que era ciertamente agotadora, en todo el día no pudo alejar de la mente las palabras que el secretario había dicho.

Estaba firmemente decidido a no dejar a su hermano, su cuñada y su sobrino en la Tierra, y haría lo imposible para lograr que Sutton los admitiera en su astronave.

¿Qué podía tener contra los niños?

Indudablemente, el viejo no era uña persona normal, ni mucho menos; pero, de todas formas, había demostrado en muchas ocasiones poseer un corazón sensible a ciertos sufrimientos de sus semejantes.

Al terminar su trabajo, volvió al refugio número tres.

Sutton estaba ocupado en su despacho, repasando unas cuartillas llenas de cifras.

—Pase, señor Carson.

Y le señaló un asiento.

Durante unos instantes se concentró en lo que leía. Después, quitándose sus gafas de présbita, miró al recién llegado.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí, señor.

—¿Podremos lanzar el «Explorador» mañana?

—Sí. Todo está a punto. He vuelto a repasar los cálculos y estoy completamente seguro de que todo irá bien.

El viejo Bart sonrió.

—Me gustan los hombres como usted, Carson. Su entusiasmo y, sobre todo, su seguridad, infunden alegría en el corazón de un viejo como yo.

Hoppy fue a decir algo, pero el otro le detuvo con un gesto de su sarmentosa mano.

—Todos piensan mal de mí, Carson. Me tratan de loco y de egoísta. Yo lo sé y no digo nada. El desagradecimiento humano es lo que más ha abundado en todos los tiempos.

»Sin embargo, todos se equivocan, ya que mis esfuerzos no me serán personalmente de gran utilidad, puesto que tendré muy poco tiempo de vida para gozarlos. Es verdad, no obstante, que tengo miedo a la muerte. A la muerte y a la soledad; pero, ¿qué viejo no siente lo mismo?

»He leído y oído muchísimo de lo que puede ser una nueva guerra sobre la Tierra, de los destrozos que pueden causar las armas que la estupidez humana ha creado. Pero, sobre todos los horrores, sobre todos los sufrimientos, el más espantoso es el de la soledad.

»Muchas veces he soñado, con una insistencia verdaderamente insoportable, que sobrevivía a la guerra. Y que mi cómodo refugio me salvaba de todos los peligros. Yo estaba encogido sobre mí mismo, oyendo el estrépito apagado de las tremendas explosiones que me llegaban de fuera como un rugido lejano.

»Después, cuando toda aquella locura terminaba, el silencio volvía a adueñarse de todo y yo, sentado en mi silla de ruedas, como ahora mismo lo estoy, esperaba, hora tras hora, la llegada de algo que me demostrara que la vida no se había acabado sobre el planeta.

»Poco a poco, al no ver a nadie, me daba cuenta, con una angustia indecible, que me había quedado completamente solo y que nadie vendría más a sentarse frente a mí, a hablarme...

»Era una sensación tan espantosa, que me despertaba gritando,

pidiendo a voces que viniesen. Y no era suficiente que mi ayuda de cámara se presentase. Le ordenaba que, sin moverse de la habitación, con un pueril miedo a perderle, llamase a los otros. Y todos los criados y amigos venían junto a mí; al verlos, terminaba por calmarme definitivamente.

»Ya ve usted, Carson, que no es el miedo a la muerte lo que me ha empujado a construir la astronave, sino la soledad, el terror que me causa quedarme solo, lo que me ha empujado, entre otras cosas, a hacer lo posible por salvar a unos cuantos, todos los que pueda, para que me acompañen allí, a Marte.

Se calló, como si sus pensamientos le reclamasen intensamente.

—También tengo, es verdad, otros proyectos. Quiero que la nueva humanidad, la que se instalará en Marte, no se parezca en nada a ésta. ¡Si pudiese arrancarles la memoria! Pero, por lo menos, trataré de impedir que hablen a sus hijos, a los que nazcan allí, de la Tierra y de sus problemas. Quiero que lo olviden todo y que empiecen a vivir nuevamente.

—Es un proyecto loable...

—¿Nada más, con toda sinceridad?

—¿Puedo decir lo que pienso?

—Sí. Ya le dije antes que me gustaban los hombres como usted.

—Encuentro su proyecto magnífico, señor, pero irrealizable.

—¿Por qué?

—Porque no es la memoria la que ha hecho que el hombre sea malo; es algo más íntimo y profundo. Algo que va ligado a su destino y no a su simple vida.

—Yo no puedo perder el tiempo en consideraciones tan filosóficas, amigo mío. Fíjese bien en que lo que he hecho lo he tenido que realizar en muy poco tiempo. Porque, desde el principio, el tiempo ha estado en mi contra, cerrándome el paso en todas las ocasiones.

—Comprendo.

—Y ha sido por eso, por la prisa, por lo que todo lo que he pensado he de hacerlo sin dudar un solo instante, como si poseyese la completa seguridad de no equivocarme.

* * *

El ejemplar que iba delante, arañando salvajemente la galería, era un macho enorme. Acababa de sustituir a otro ejemplar y éste, a

su vez había sucedido a otro, porque la lucha para abrir aquella galería, era dura y larga, como ninguna de las que habían realizado hasta entonces.

Las ratas luchaban desesperadamente por asegurarse la supervivencia.

Todo un pueblo de ratas esperaba.

Desde que el hombre había empezado a imitarles, hundiéndose en la Tierra, los animales habían pasado una verdadera época de hambre, ya que se habían visto obligados a escapar de sus guaridas demasiado superficiales y, por ende, cerca de las dependencias comunes de los hombres.

Habían sido tiempos difíciles y crueles, ya que en muchas ocasiones se habían visto obligados a devorarse entre sí, empezando por los más viejos e inútiles y siguiendo con las crías, que las hembras habían defendido heroicamente... o habían devorado anticipándose a la llegada de los machos.

De todas formas, aquella manera de destruirse locamente no estaba de acuerdo con las leyes de la conservación de la vida. Y el instinto empezó a tomar carta de naturaleza, orientando a los más hábiles y decididos hacia empresas que tenían como solo objeto buscar comida.

Alguien, cuyos gritos de alegría habían recorrido todas las galerías que ocupaban las ratas, había hecho comprender que los buenos tiempos habían vuelto.

Y cuando se dieron cuenta de que el hombre había trasladado sus apetitosos manjares al interior de sus nuevas guaridas, creyendo así ponerles totalmente a salvo para tiempos más duros, las ratas se lanzaron a la búsqueda de aquellos tesoros.

Por eso, en aquella ocasión, después de haber empezado a saquear algunos depósitos de víveres, de los que hubieron de huir, al ser atacados por el hombre, avanzaban ahora por aquella galería, seguros de descubrir un mundo maravilloso, en el que podrían comer hasta la saciedad.

El olor, perceptible para sus finas naricillas, llegaba ya desde el otro lado, a través de los terrones de tierra que tapaban aún la entrada. De ahí que los machos se esforzasen, utilizando sus garras, hasta que el dolor de éstas, cubiertas de sangre, les obligaba a dejar el trabajo al siguiente.

Las ratas estaban contentas.

Habían olvidado sus preocupaciones del principio, cuando sintieron que el hombre penetraba en un mundo que, hasta entonces, les había pertenecido por completo.

Ahora, dándose cuenta de los beneficios que podían extraer de aquella nueva situación, manifestaban su alegría y su impaciencia, lanzaban agudos chillidos, que eran como toda una frase del placer anticipado que expresaban.

Finalmente, el macho consiguió sentir el espacio abierto al otro lado. Por el momento, no dando crédito a sus sentidos, continuó dando zarpazos a diestra y siniestra, como si deseara convencerse de que había logrado abrir el camino hacia la saciedad y la felicidad.

Cuando se dio cuenta de ello, cuando, pasando su cuerpo por el estrecho orificio que había abierto penetró al otro lado, lanzó un agudo chillido de triunfo, que fue coreado por todos los que, detrás de él, esperaban tan espectacular momento.

La loca carrera empezó.

Encima de aquel depósito un hombre, sobre su silla de ruedas, meditaba. Sus ojos estaban entornados y sus ideas muy lejos, al otro lado del espacio, en las tinieblas del vacío sideral.

Él también intentaba, desesperadamente, abrir una galería en el cielo; un conducto que le llevase a una nueva vida que, aun presintiendo, no se atrevía siquiera a concebir.

Un momento, por un cortísimo instante, su ensimismamiento pareció truncarse, ya que creyó oír un agudo chillido que surgía, a sus pies, de lo profundo del depósito de víveres que había preparado para el viaje a Marte.

Pero poco después, sus ideas le llevaron nuevamente su espíritu hacia regiones que estaban al otro lado del túnel, donde la luz era apenas como un brillante en el fondo de un pozo.

Bajo él, los animales entraban a saco en el mejor de sus universos.

Las ratas estaban contentas.

CAPÍTULO III

El elegante vehículo del secretario de Sutton penetró, después de abandonar una flamante avenida, en el sistema de callejuelas sucias de aquel barrio que se repetía, con muy pocas variaciones, en todas las ciudades del mundo.

El coche se detuvo, finalmente, tras contonear con cierta dificultad las estrechas vías de aquel sector ciudadano, ante una casa como las otras, con las mismas paredes gastadas por el tiempo.

Al descender del vehículo, Walker hizo el mismo gesto de repugnancia que contraía sus rasgos cada vez que venía a estos lugares. Después, cerrando cuidadosamente la portezuela, cruzó los dos metros que le separaban de una de las puertas, empujándola familiarmente y penetrando en el interior de la casa.

La parte baja, como la mayoría de las primeras plantas de todas las casas de aquel barrio, era una especie de bar, un tugurio sucio, maloliente y oscuro, con un mostrador y unas mesas en las que los vasos habían dibujado perennes círculos que se entrecruzaban en una curiosa y difícil geometría de caprichoso dibujo.

Harry reconoció inmediatamente a la vieja que estaba tras el mostrador. Con su vaso de ajenjo en la mano y sus greñas sucias y casi blancas que le caían sobre un rostro perfilado como el de un águila.

Ella también le reconoció.

Sus ojillos húmedos y como perdidos en un extraño nirvana se animaron al ver entrar al elegante joven.

Éste se acercó al mostrador sin, no obstante, atreverse a apoyarse sobre él.

—¿Mister Sutton?

La vieja tardó unos instantes en contestar; después, con voz ronca y lanzando sobre Harry un aliento que apestaba a alcohol:

—No está —dijo.

—¿Tardará mucho?

—No lo sé.

Walker pareció contrariado; luego, haciendo un gesto hacia la escalera que, más que verse, se adivinaba al fondo, entre las tinieblas.

—¿Tampoco está ella?

—Sí.

—Subiré y le esperaré arriba…

La vieja arpía se encogió de hombros.

—Como quiera...

Y cuando Harry se disponía a separarse del mostrador:

—¿No va a pagarme un vaso hoy? —inquirió sonriendo y mostrando los espacios negros que había entre sus dos únicos dientes.

Harry la había acostumbrado siempre a pequeñas propinas. Así pues, sacó unas monedas y las arrojó sobre la superficie grasienta del mostrador.

—Gracias, caballero.

Pero Walker no la escuchaba ya y luchaba con la oscuridad de la escalera, cuyos escalones gemían lúgubremente a cada paso, como un eco que le hacía estremecer..

Una vez en el rellano del piso superior, Walker se dirigió hacia el fondo, deteniéndose ante una puerta ultrajosamente pintada de rojo, a la que llamó golpeándola con los nudillos.

Tuvo que esperar un buen rato; pero, de todas formas, comprendió que habían oído su llamada, ya que alguien se movía ruidosamente en el interior.

Hasta que abrieron.

Un farol verde pendía del diminuto vestíbulo amueblado sin ningún gusto. Pero, como de costumbre, la atención de Walker no se detuvo en detalles que conocía de memoria. Sus ojos se clavaron en la figura femenina que le sonreía, mostrándole unos dientes diminutos y blancos por los que la lengua se asomaba insinuante.

Encontrar una belleza como aquélla en un sitio tan infecto era un problema que Walker, acostumbrado a otro mundo, no había podido dilucidar satisfactoriamente nunca.

Era rubia, con hermosos ojos azules y una silueta de estatua griega que quitaba la respiración. Todo aquello, lo externo, no podía ser más perfecto y parecía haber salido del cincel de un artista maravilloso que hubiera conseguido su obra cumbre; pero Walker sabía que, como en las casas de muchas calles de la ciudad, aquello no era más que fachada; un lindo telón que ocultaba una mentalidad como la de las calles de aquel barrio.

—¡Pero si es nuestro amigo Harry!

El también se vio obligado a sonreír.

—Buenos días, señorita Duncan.

—Pase, pase, por favor.

Walker penetró en el vestíbulo, siguiendo después a la muchacha, cuando ésta hubo cerrado la puerta. Recorrieron un estrecho pasillo que desembocaba, bruscamente, en un saloncito amueblado con el mismo mal gusto que el resto de la casa.

—Siéntese, Harry, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—Bueno.

—¿Whisky o brandy?

—Brandy, por favor.

Ella le sirvió una copita de licor que él empezó a beber lentamente, saboreando el aroma que se adhería a su olfato, como es característico de los licores de mala calidad.

—¿Tardará mucho en venir?

—¿Quién? ¿Tom?

—Sí.

—Ha salido muy de mañana; pero supongo que no tardará mucho. ¿Trae usted el dinero?

Asintió con la cabeza antes de decir:

—Sé que lo necesitan.

Ella sonrió.

—Es usted un tipo formidable, Harry. Si no hubiera sido por su ayuda, lo hubiésemos pasado mal.

—Era mi deber. No podía dejar a Tom en la estacada.

—¿Qué dice su padre?

—Lo de siempre. Le cree muy lejos, se lamenta continuamente y no cesa de buscarlo.

Ella se pasó la mano por la larga cabellera, acariciándosela por mucho tiempo.

Dijo como para sí:

—Nunca he comprendido el motivo de Tom para alejarse de su casa y de su padre.

La muchacha ignoraba por completo los proyectos del viejo. Y Walker, sin poderlo evitar, sintió la necesidad de informarla. Así, sin ser preguntado directamente, se sorprendió contándoselo todo minuciosamente.

Dora Duncan, con los ojos desmesuradamente abiertos, escuchó aquel relato que le pareció más fantástico e irreal que le habían contado en la vida.

—¡Pero si parece cosa de película! —exclamó, sinceramente divertida cuando Harry terminó de hablar.

—Sin embargo, señorita, es una hermosa realidad, se lo aseguro personalmente.

—¿Por qué la llama hermosa?

Harry parpadeó brevemente.

—Porque el viejo no tiene un pelo de tonto. Sabe perfectamente lo que ocurrirá cuando estalle la guerra. Nadie quedará con vida y él quiere reírse de todos, pegar un corte de mangas al mundo, escapando de la Tierra.

—Pero, ¿usted cree que llegará a Marte?

—Seguro. Carson, nuestro técnico en astronaves, es una verdadera maravilla y con él iría yo donde él me dijese, sintiéndome invulnerable, sin ningún miedo.

—Es formidable.

Y luego, recordando una de las frases que el secretario había dicho, preguntó:

—¿Así que si Tom fuese a Marte sería una especie de Monarca Absoluto?

—Eso es. Tom sería el monarca absoluto de una nueva humanidad.

Ella sonrió y, con los ojos entornados, dijo:

—Parece uno de aquellos cuentos que mi madre me contaba cuando era pequeña.

Pero Walker estaba leyendo las ideas de ella con una certidumbre meridiana.

—Le gustaría ser la compañera de Tom, ¿verdad, Dora?

Era la primera vez que se atrevía a llamarla por su nombre; pero ella no pareció dar ninguna importancia a aquel nimio detalle.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo he leído en el brillo de sus ojos.

Ella volvió a sonreír.

—Es usted un hombre muy listo, Harry.

Harry se sintió halagado.

—Soy un hombre que quiere la felicidad de Tom y la suya, Dora. Y creo haberlo demostrado fehacientemente, con pruebas reales, mi lealtad hacia ustedes.

—Eso ya lo sé.

Y después de una pausa, prosiguió:

—¡Cuánto me gustaría ir a Marte con Tom! Pero eso —agregó, ensombreciendo su hermoso rostro antes incluso de enunciarlo— es imposible.

Walker se estremeció.

Había empezado a jugar con las mejores cartas y no deseaba, en modo alguno, perder aquella oportunidad que había surgido de manera tan inesperada.

—¿Imposible?

Ella mostraba una expresión de desaliento.

—Completamente.

—Yo no lo creo así.

Ella le miró fijamente.

—Si usted lograse que ese sueño se convirtiese en realidad —dijo, repentinamente—, tendría en mí a la amiga más verdadera que jamás haya conocido.

La replicó con vehemencia.

—Ya lo sé.

—Pero, ¿para qué va usted a preocuparse de mí, si ya tiene su plaza en la astronave, como me ha dicho antes?

—No la tengo.

Lo miró con fijeza a los ojos, asombrada.

—¿Cómo dice?

—La tengo para mí; pero el viejo se niega a que lleve conmigo a mi mujer y a mis pequeños.

—¿Es posible?

La sorpresa había ocupado su rostro por completo.

—Como lo oye.

—¡Qué estúpida crueldad! Ahora comprendo toda la amargura que ha demostrado al explicarme el proyecto del padre de Tom. —Y sonriendo con mayor intensidad, añadió—: Creo que usted va a ser, entonces, mi mejor aliado.

—¿Tiene algún proyecto?

—Puede ser —dijo ella con un tono misteriosamente sedoso en su voz melosa.

—Cuente conmigo.

—De eso estoy completamente segura. Escuche, Harry, ¿qué clase de tripulación quiere llevar el «viejo»?

Él sonrió divertido, al darse cuenta de que ella llamaba a Sutton con aquel adjetivo que era familiar a todos los que le rodeaban, lejos de su presencia.

—Ha seleccionado a sus amigos; hombres de edad o jóvenes, pero todos sin hijos. Incluso creo que el piloto deseaba llevarse a su hermano, que tiene esposa y un pequeño; pero no lo logrará. El viejo es intransigente.

—¿Y si el piloto se negara a conducir la nave? —preguntó ella, tanteando el terreno.

—El viejo se las arreglaría para obligarle, no lo conoce usted bien, Dora.

—Perfectamente. Por lo que veo, ese hombre quiere llevar al planeta Marte a una serie de tipos medio muertos, obedientes, sumisos... ¡Ya entiendo! Pero no será así; yo misma pienso ocuparme de contradecir sus intrigas.

—¿Usted cree?

—Sí, espere un poco, Harry, y ya verá. Por el momento, prefiero no decir nada más. Tengo que reflexionar profundamente sobre todo lo que usted me ha dicho. Y, desde luego, por el momento, no quisiera que Tom se enterase de nada.

—Yo no le diré ni una sola palabra.

—De acuerdo. ¿Por qué no me da el dinero, como otras veces, y regresa junto al viejo?

—¿No quiere que vea a Tom?

—No es necesario. Le diré que ha pasado usted por aquí a traerle el dinero.

—Como prefiera.

Harry se dio cuenta de que confiaba en Dora. Su espíritu decidido, dispuesto a todo, le alentaba y el pacto implícito que habían acordado se auguraba beneficioso para ambas partes. Además, le relajaba pensar que, por primera vez, estaba envuelto en un negocio en el que sólo debía esperar que su socio se moviera.

Sacó un buen fajo de billetes que tendió a la muchacha.

Minutos más tarde, su vehículo se alejaba de allí, dejando una estela de humo en aquel siniestro barrio.

* * *

En cuanto Walker hubo desaparecido, Dora se vistió rápidamente, demostrando, en cada uno de sus movimientos, que un

nerviosismo completamente nuevo, totalmente desconocido, se había apoderado de ella.

Guardando la casi totalidad del dinero que le había entregado Harry en el lugar donde Tom y ella tenían costumbre de hacerlo, para disponer de él indistintamente, se reservó unos cuantos billetes y salió de su habitación, descendiendo por la escalera rápidamente.

La vieja, que parecía dormitar sobre el mostrador, levantó la cabeza al oír el taconeo precipitado de la muchacha que pasaba por su lado sin intención alguna de despertarla.

—¿Sales?

—Sí, dígale a Tom, cuando regrese, que no tardaré mucho. Voy a un recado.

—Está bien. ¿No te pagas un vaso?

Dora hurgó en el bolso, dejando caer un billete pequeño en el mugriento mostrador.

—Gracias —dijo la vieja.

Una vez fuera, la muchacha se dirigió directamente hacia la parte más sórdida del barrio. Al pasar, muchos de los extraños habitantes de aquella zona la saludaron afectuosamente, haciendo gestos familiares con la mano.

Y ella les sonreía.

Sonreía porque estaba completamente segura en aquellos lugares, mucho más de lo que hubiese estado en las calles céntricas de la ciudad. Porque allí, en las tortuosas y sucias callejuelas, había nacido y todos la conocían y la respetaban.

Penetró finalmente en un callejón sin salida, en cuyo fondo había una casa de un solo piso, con una pesada puerta de madera que permanecía siempre entreabierta.

Era el Hogar del Vagabundo.

Así lo llamaban; pero, en realidad, aquella casa encerraba a todos los maleantes que huían de la ley, a los delincuentes que deseaban ocultarse y a todos los pillos que, por un motivo u otro, buscaban afanosamente las autoridades para hacerles pagar por las fechorías que hubiesen cometido.

Y eran muchas.

El Hogar del Vagabundo era también llamado la Casa de las Mil Puertas, debido a que, teniendo aparentemente una sola, que muchas veces bloqueaban los policías, no eran capaces de encontrar

a nadie, aunque tuvieran la total seguridad de que estaba rebosante de canallas de la peor especie.

Dora empujó la puerta, sabiendo perfectamente que su llegada debía haber sido anunciada, ya que el sistema de vigilancia, tanto durante el día como durante la noche, era constante y tan perfecto como infalible.

En efecto, nada más traspasar el umbral, una sombra se acercó sigilosamente a ella.

Era Wilson el Tuerto.

—Hola, princesa.

—¿Está Sullivan?

—Su majestad está abajo, reunido con unos cuantos compinches.

—Llévame ante él.

Wilson asintió con la cabeza y encendiendo una linterna, se dirigió por un oscuro y tenebroso pasillo, hacia el final, donde una cómoda le detuvo.

Pero sólo un momento.

Cogiendo el mueble con ambas manos, después de entregar la linterna a la muchacha, Wilson la corrió, dejando ver un orificio, como media puerta.

Recogió la linterna de la chica y su ojo de vidrio centelleó en la oscuridad.

—Pasa, princesa. Ya conoces el camino hasta la sala de reuniones. Yo debo quedarme aquí.

Ella se inclinó para poder pasar por aquella estrecha abertura y se guió con la linterna, sintiendo que el Tuerto cerraba la entrada inmediatamente detrás de ella.

Un desagradable olor, mezclado a la humedad del ambiente, la hizo estremecerse; pero, reanimándose enseguida, prosiguió su camino, casi a gatas, hasta que pudo ponerse en pie unos metros más allá, y penetró directamente en el sistema de cloacas de la ciudad.

Contempló fugaces sombras de ratas que huían.

Pero no le daban miedo.

Le asustaban más algunos hombres que había conocido durante su azarosa existencia.

Caminó con cuidado, por el borde cimentado, junto al arroyo por el que circulaba el agua putrefacta y hedionda de las letrinas.

Un poco más allá, el pasillo se ensanchó inesperadamente, desembocando en una especie de plazoleta, profusamente iluminada. Sullivan sabía hacer las cosas. Por eso se había ganado el respeto de todos los que acataban sus órdenes sin rechistar.

Un grupo de media docena de hombres, sentados sobre colchones de paja, escuchaba atentamente las palabras de otro, que era el único que tenía un viejo sillón, apoyado en la pared, por la que las gotas de agua caían sin cesar.

Era Sullivan. Para todos, sin embargo, su nombre no era otro que el de Rey de los Mendigos. Y su autoridad, inflexible y tiránica, se ejercía en toda la ciudad, en la que ningún maleante se hubiese atrevido ni siquiera a discutirla.

Al oír los pasos de la muchacha, los hombres se volvieron hacia la zona iluminada por la que avanzaba Dora.

Y Sullivan también miró hacia aquel lado dejando de hablar por un momento.

—¡Pero si es la princesa!

Se levantó, dejando el sillón y haciendo que la muchacha tomase asiento en él.

—¿Cuánto tiempo hacía que no venías por aquí, pequeña? —inquirió Sullivan con una sonrisa.

Era un hombre alto, de anchas espaldas, con los cabellos rubios ensortijados. Debía tener, poco más o menos, unos cuarenta años, pero aparentaba mucho menos, ya que muy pocos tenían la sabiduría de cuidarse como él.

—Hace mucho tiempo —repuso ella.

Los ojos acerados del Rey de los Mendigos la miraban fijamente, escudriñando los suyos.

—¿Algo nuevo, princesa? —le preguntó directamente, pues era de dominio público que a Sullivan le gustaba ir al grano y no perder el tiempo en preámbulos innecesarios.

—Sí, pero deseaba decírtelo, en principio, a ti solo.

Sullivan asintió con la cabeza.

—Ya lo habéis oído, muchachos. La princesa quiere hablarme en privado.

Se levantaron al unísono, sin decir una sola palabra.

Dora los miró sonriendo; conocía a muchos de ellos. Luego, abriendo su bolso, dijo:

—Dales esos billetes, Sullivan. Quiero que beban a nuestra salud.

Los rostros se iluminaron y brillaron los ojos con fuerza inusitada.

No dieron las gracias, guardando un obstinado silencio, pero la expresión de sus caras era lo suficientemente explícita para que Dora no notase la falta de un agradecimiento verbal que, siendo del medio, ni siquiera esperaba.

Cuando se quedaron los dos solos, la muchacha encendió un cigarrillo, invitando al hombre, que rehusó esperando que ella se decidiese a romper el silencio.

—¿Es verdad que va a haber guerra, Sullivan?

Él frunció el entrecejo.

—Seguro que la habrá, princesa.

Ella tenía plena confianza en aquel hombre, cuyas fuentes de información eran preciosas.

—¿Por qué me preguntas eso, princesa?

—Por muchas cosas; pero antes quisiera que me dijeses lo que pasaría si la guerra estallase… ¿Es verdad que todos moriríamos en el caso de que no te equivocaras?

Sullivan enarcó las cejas.

—Mucho peor que eso, princesa. Sería mejor, según he oído, morir. Porque los que se quedasen con vida se convertirían en monstruos… gentes con los dos brazos inútiles, rostros quemados y deformes, ciegos y mutilados…

Ella palideció. Se daba cuenta, entonces, de lo fantástico que era el proyecto del viejo. Y segura de que Sullivan, como Rey de los Mendigos, pondría su poder al lado de aquella maravillosa oportunidad, relató al hombre lo que sabía.

Y los ojos de Sullivan empezaron a brillar con una intensidad creciente.

Desde luego que le interesaba.

* * *

También brillaban los ojos de la rata. Había avanzado sin el menor ruido hasta el límite de la zona luminosa, atraída por aquel misterioso olor que, completamente desconocido para ella, había llamado poderosamente la atención.

Su largo hocico se movía sin cesar, olfateando, con una, creciente extrañeza, aquel aroma delicioso que sonaba como una blasfemia en

un lugar como la cloaca.

La rata conocía todos los olores del universo pútrido y subterráneo.

Conocía el olor que exhalaba el cuerpo muerto que flotaba sobre las aguas sucias de los arroyuelos de las alcantarillas. Aquellos cuerpos que atraían a su pueblo, hambriento siempre. Aquellos cuerpos que, la mayor parte de las veces, eran gatos, perros y hasta conejos y liebres que, muertos por enfermedad, eran arrojados por las bocas de las alcantarillas de las calles o de algún mercado de la ciudad o procedían de la entrada general de las cloacas, en las afueras.

Pero, de vez en cuando, el olor que les llegaba era intenso y penetrante, como el de aquellas extrañas criaturas que bajaban bajo el suelo y charlaban animadamente, bajo la égida del Rey de los Mendigos. Esas veces, eran los cuerpos de seres humanos, cuya hambre hartaba a ratas famélicas, constituyendo un verdadero manjar de reyes para ellas.

Las ratas, sin saberlo exactamente, sospechaban que los hombres que mandaba Sullivan eran los responsables directos de aquellos fantásticos banquetes. Indudablemente, la rata ignoraba que aquellos desgraciados que flotaban sobre las aguas de las cloacas eran las víctimas de la gente de Sullivan, jóvenes atraídos por el misterio del barrio infecto y que terminaban, antes de ser despojados de sus joyas y dinero, con un cuchillo clavado en la espalda.

Pero no era aquello lo que cautivaba ahora todos los sentidos del roedor.

Era el olor, cada vez más fuerte, cada vez más apetitoso, que le embriagaba de extraña manera, como algo que su diminuto y pulido cerebro no pudiese concebir.

¡Con cuánto placer hubiera degustado aquella carne tan intensamente perfumada!

Era verdaderamente extraña la presencia de aquella delicada criatura en el lugar que los hombres sucios y malolientes habitaban de costumbre. Por eso la rata, olvidando su propia prudencia, estaba allí, junto a la luz o a la sombra, en la raya de la penumbra, excitada como jamás lo había estado.

Y era como si estuviese intuyendo todos los turbios pensamientos

de aquellas criaturas.

CAPÍTULO IV

Al penetrar en el despacho del comandante, Alan Lumen sintió, o presintió, que algo nuevo flotaba en el cargado ambiente.

Todos los jefes de la rampa estaban allí, silenciosos, escuchando las palabras del jefe de la base que se interrumpió al ver entrar al joven.

—Le esperábamos, Lumen..

—No sabía que hubiera reunión, señor.

—Ya lo sé. Tenga la amabilidad de sentarse.

Alan obedeció y el comandante volvió a empezar, para que el recién llegado pudiese captar su idea.

—Decía hace un momento que hemos recibido ciertas informaciones sobre el descubrimiento por nuestros técnicos de una nueva arma ofensiva. También decía que hemos sido elegidos para probarla; es decir, para que la ensayen sobre nuestra base.

»Se trata, según los informes recibidos, de un nuevo tipo de cohete que será lanzado, dentro de una hora, contra la rampa del capitán Lumen. Naturalmente, ese proyectil no lleva ninguna carga mortífera, y si llega hasta nosotros, no causará daño alguno.

Los jefes de la rampa sonrieron.

—Comprendo, señores, estas sonrisas que, en principio, suscribo totalmente. De todas formas, serán los hechos los que nos den o quiten esa risa que, debo decir, tanto me complace, ya que significa una hermosa y sincera confianza en los medios que poseemos y en nosotros mismos.

»Los técnicos afirman que el “Invencible”, sí se llama el nuevo cohete teledirigido, llegará hasta nuestras rampas; nosotros estamos dispuestos a demostrarles la eficacia de las defensas que hemos montado. Dentro de una hora, habremos salido definitivamente cualquier duda que pudiéramos tener.

»Por el momento he ordenado que todas las estaciones de radar que están bajo nuestro directo control se pongan en funcionamiento, dando la alarma en el momento preciso. Espero de todos ustedes una

colaboración tan entusiasta como siempre.

»En caso de que la «jauría» de la rampa del capitán Lumen no fuera suficiente, aunque creo que sí, ustedes lanzarán las suyas, ya que lo que deseo es que el “Invencible” no haga honor a su nombre y sea irremisiblemente abatido.

»Eso es todo.

Salieron en estado de efervescencia, contentos de haber sido elegidos para el ensayo, ya que hacía muchísimo tiempo que todos deseaban entrar en acción.

—¿Crees que lograrán sus propósitos? —inquirió uno de ellos, dirigiéndose a Alan.

—Yo haré lo imposible para que salgan fallidos, pero… —había cierta duda en su voz.

—¿Qué quieres decir?

—Ya conoces a los técnicos; son demonios y siempre se guardan ases en la manga. Desconociendo las características de ese “Invencible”, vamos a obrar un poco a ciegas.

—¿Y qué esperabas? —rezongó el otro al que no le gustaron las vacilaciones de Alan—. ¿Que te comunicasen todos sus secretos? ¿Crees que el enemigo, cuando lance sus proyectiles, va a enviarte previamente, en un gesto de galantería, una carta certificada de sus características?

—No es eso.

Y siguió andando, sin dar más explicaciones.

Estaba plenamente convencido de que si la guerra estallaba, no habría manera de detener todas las armas secretas que el contrario lanzase con ánimo de socavar Occidente.

Y, por primera vez, pensaba en la astronave del viejo, como la única solución.

¿Desertar?

No, pero procurar que Kelly y el pequeño Bob escapasen al horror de una nueva contienda.

—Tendré que hablar con Hoppy. Y lo haré seriamente —se dijo preocupado.

Los ascensores lo condujeron a las entrañas de la Tierra, al centro de control de su rampa, perfectamente oculta bajo una visera de acero que, en el preciso momento, se descorrería, para dejar el paso libre a la furiosa «jauría».

Alan les explicó todo, detallando lo que había dicho el comandante. Y ellos, como los oficiales, suspiraron de placer, deseosos de salir de aquella inactividad que se prolongaba demasiado, haciéndoles entumecer:

Bajo tierra, a cerca de cincuenta metros de profundidad, las máquinas de la Muerte brillaban intensamente, mostrando los tubos plateados por los que saldrían, en el momento oportuno, los proyectiles que buscarían en el espacio a sus enemigos o, atravesando el aire, irían a estrellarse en el blanco previsto.

Al pasar por la sala de los «Tigres», Alan observó con verdadero orgullo las rampas que, con todo calculado, inclinación prevista y graduada, no esperaban más que lanzar sus mensajes de destrucción hacia puntos lejanos de la base.

Cada una de aquellas rampas tenía un objeto determinado y, además del «Tigre» que reposaba sobre una de ellas como un monstruo ciego que esperase el momento de demostrar su inusitada potencia, otros hermanos suyos, otros «Tigres» yacían al lado, preparados para seguirle, haciendo inútiles todos los esfuerzos del adversario para frenar su trayectoria destructora.

Alan sonrió.

Allí estaba, como en otras rampas vecinas, separadas por gruesos muros de cemento armado, el poder de la raza y, en potencia, la aniquilación de todo lo que osara oponerse a este poder.

Después pasó a la sala de las «Jaurías», donde, en aquel momento, sus subordinados trabajaban arduamente, disponiéndolo todo para la «parada» del “Invencible”.

Sentándose finalmente en su puesto de mando ante la pantalla de televisión central que le uniría en todo momento al comandante de la base y las pantallas laterales, con las que podía seguir el camino de algunos de la «jauría», que llevaban consigo un televisor transmisor, Alan se sintió fuerte como nunca, dispuesto a demostrar a los técnicos que el país podía confiar ciegamente en aquellas estupendas instalaciones.

A su lado, seis hombres ante sendas pantallas de radar seguirían la marcha del “Invencible” y, manejando velozmente las teclas de su correspondiente «cerebro electrónico», irían proporcionando los datos que se transmitirían automáticamente, sus furiosos «perros» en busca del lejano y terrible objetivo que volaba hacia ellos.

Nunca el hombre se había sentido tan importante y, al mismo tiempo, más pequeño. Porque, a pesar de ser el creador absoluto de toda aquella maravilla, la máquina lo había reducido a la categoría de un simple observador, cuyas decisiones no podían tenerse en cuenta, ya que su mente trabajaba muchísimo más lentamente que los «relés» de los cerebros automáticos, capaces de encontrar las variantes de una función, por muchos millares que fuesen, en unas décimas de segundo.

Grandiosidad y pequeñez del hombre en su eterno enfrentamiento con las máquinas que había creado.

Alan pensaba en todo aquello, mientras seguía la marcha de las agujas del reloj que, inexorablemente, se aproximaban al momento de la verdad.

Y aquello no era más que un ensayo...

La verdadera hora «H» sonaría algún día. Y en vez de aquella tranquilidad en el fondo, que rezumaba el corazón de todos, la angustia se instalaría en ellos, mordiéndoles con sus largos y afilados colmillos. Porque lo que ahora, en el peor de los casos, podía significar una simple derrota deportiva entre técnicos y militares, sería entonces, con todas sus consecuencias, la muerte, el Final.

Lumen, sin poder evitarlo, volvió a pensar en la astronave del «viejo» y en la enorme posibilidad de huir que se desplegaba ante sus ojos.

Tenían toda la razón los que eran del parecer que no habría ni vencedores ni vencidos en una nueva conflagración mundial. Una oleada de mortífera radiactividad envolvería al planeta como una nueva atmósfera irrespirable, como un sudario que, al levantarse, años o siglos más tarde, descubriría un mundo fenecido, muerto definitivamente para toda clase de vida.

Se estremeció.

Y entre tanto, el aparato de Sutton habría atravesado el espacio y se posaría en Marte, del que se sabía poseía una atmósfera perfectamente respirable, en contra de las anticuadas teorías que se habrían derrumbado definitivamente.

Allí se instalaría la nueva pequeña humanidad, con todo el tiempo por delante, para construir, para hacer, para crear un mundo nuevo, en el sentido más amplio de la palabra; un mundo nuevo donde la felicidad de los primeros tiempos sería indudable.

Una luz se encendió, arrancando a Lumen de sus pensamientos, y la pantalla dejó ver el rostro del comandante.

—¿Todo preparado, capitán Lumen?

—Sí, señor.

—No faltan más que diez minutos. Naturalmente, no nos han dicho de qué lado vendrá el "Invencible".

—Lo supongo, señor.

—¿Dispuestas las redes del radar?

—Sí. Cubrimos el horizonte entero.

—¿Y las de altura?

—También sus sectores hasta cerca de cien kilómetros. Eso hace que podamos «cazar» su imagen dieciocho segundos antes de que llegue aquí.

La imagen del comandante sonrió en la pantalla.

—¿Es que piensa que llegará, Lumen? —se advertía su matiz irónico en la voz.

—Era una manera de decir, señor. Con dieciocho segundos de tiempo, nuestra «jauría» puede correr dos mil kilómetros.

—Ya lo sé. Era una broma.

—Lo comprendo, señor.

Hubo una corta pausa.

—Quiero, sobre todo, que se me precise el lugar desde el que será lanzado el "Invencible". Ya sabe que eso es lo fundamental.

—Lo sé, señor.

Y era verdad.

La importancia de precisar el origen de un lanzamiento residía en poder conocer al agresor cuanto antes. Porque, a pesar de verse atacados, no podían responder sin identificar el origen y la personalidad del agresor.

Aunque podía tener la seguridad de su identidad.

—Buena suerte, Lumen.

—Gracias, señor.

Desapareció la imagen del comandante y Alan lanzó una breve mirada a las saetas del reloj.

Faltaban cuatro minutos.

Conectando el micrófono que le ponía en comunicación con todo el personal a sus órdenes, habló concisamente.

—Se está acercando la hora, muchachos. Espero que sabréis estar

a la altura de las circunstancias. Gracias a todos.

Y cortó.

Casi inmediatamente, cuando sólo faltaban tres minutos, el contador luminoso se puso en marcha y poco después el cronomicrófono empezó a cantar con voz monótona, siguiendo el parpadeo de las luces rojas y verdes.

«Noventa segundos... Ochenta segundos... Sesenta segundos...»

Alan sintió latir su corazón.

«Cuarenta y cinco... cuarenta y cuatro... cuarenta y tres...»

Cerrando los ojos, Alan se imaginó a los otros hombres que, lejos de allí, en un lugar aún desconocido para él, contaban a su vez los segundos antes de pulsar un botón que lanzaría, con un rugido formidable, aquel ignoto proyectil descargado que iba a poner a prueba la eficiencia de las bases y rampas.

«Veintiocho... veintisiete... veintiséis...»

El radar estaba horadando el espacio en todas las direcciones, a todas las alturas posibles, como largos dedos que deseasen captar el paso o la presencia de la poderosa máquina que no iba a tardar en adentrarse en su campo de acción.

«¡Catorce... trece...!»

Y en las entrañas de las complicadas máquinas, latiendo entre los relámpagos electrónicos que la cibernética había creado, los «relés» iban haciendo cálculos y más cálculos, estudiando posibilidades y más posibilidades, dispuestos a aplicarlos en el momento que fuese preciso.

«¡Cuatro... tres...!»

Una angustia terrible se apoderó de Alan. Y, sin poderlo evitar, cerró los ojos.

«¡Dos...!»

Ya no quedaba tiempo para echarse atrás, ya que antes de que el corazón latiera una vez más, el “Invencible” se encontraría ya surcando el aire, camino de la base.

«¡Uno...!»

Un timbre y todas las luces de alarma se encendieron al mismo tiempo. La fiebre de las máquinas ganaba a los hombres y la tensión emocional era tan grande que los ojos brillaban y las frentes se perlaron de sudor.

—¿Radar?

—Nada más, señor.

Eran unos segundos, muy pocos, antes de que el "Invencible" entrase en el campo de la «visión» del radar.

Millones de corpúsculos, en trenes de ondas, eran lanzados constantemente, con la esperanza de que al chocar con el objetivo, regresaran a su punto de origen, a la fantástica velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, dando la alarma mucho antes de que el "Invencible" hubiese avanzado un solo centímetro.

—¿Radar?

—Nada.

Alan se mordió los labios.

Una luz amarilla se encendió a la izquierda, apareciendo el rostro de uno de los soldados en la pantalla de televisión.

—¡Contacto radar, capitán!

Alan vio las gotas de sudor en la frente de aquel muchacho. Y hasta observó la angustiosa manera de absorber el aire, dilatando las ventanas de la nariz como un caballo a punto de reventar tras una larga carrera.

—¿Sector?

—Doscientos treinta, señor.

—¿Velocidad del objetivo?

—Ocho kilómetros por segundo, señor.

Todas aquellas palabras no se habían perdido. Los oídos invisibles de los cerebros electrónicos habían captado las cifras y realizaban ahora todos los problemas de precisión de disparo con una velocidad vertiginosa.

—¡Fuego rampa uno!

¡Uuuuuuuuuuu…!

Un maullido, al tiempo que el primer miembro de la «jauría» escapaba del tubo de la rampa.

—¡Fuego rampa dos, tres, cuatro, cinco y seis!

¡Uuuuuuuuuuu…!

Vibraban las salas subterráneas a cada salida como si los materiales se estremeciesen de espanto ante los hechos del hombre.

Alan conectó la pantalla de la «jauría» que llevaba un radio transmisor.

El cielo apareció ante él; un cielo extraño, tan raro como el que puede ser contemplado por el ojo de cíclope de un aparato que va a

22 kilómetros por segundo trepando hacia el espacio.

¿Qué tenía que ver aquel cielo con el que los hombres conocían? ¿Existía en realidad semejante cielo o era fruto de ficción descabellada de las criaturas humanas?

¿O, simplemente, era un cielo que los ojos miopes del televisor habían inventado?

Sin separar la mirada de la pantalla, Alan seguía el trayecto de la «jauría».

De repente…

Era un punto negro sobre el azul del cielo; un punto que fue aumentando de tamaño a gran velocidad hasta convertirse en una especie de cigarro puro de brillante aluminio.

¡Lo habían captado!

Desde aquel momento al de ser destruido, no faltaban más que unos pocos segundos.

La pantalla se apagó repentinamente.

Al mismo tiempo los micrófonos empezaron a cantar la victoria en todos los tonos.

—¡Le hemos dado, señor!

—¡Hemos vencido!

Alan se sintió infinitamente dichoso.

Si aquello había sido posible, podía mirar hacia la negrura de los tiempos venideros con un poco más de esperanza.

—¡Contacto radar, señor!

Alan no alcanzaba a comprender aquellas palabras.

—¿Quién ha dicho esa estupidez?

Pero nadie le hacía caso.

—¡Distancia seis mil!

—¡Imposible lanzar «jauría»!

Con los puños apretados, percibiendo el vacío de sus esfuerzos, Lumen pulsó todos los botones de llamada; pero sabía que era totalmente inútil.

Hasta las máquinas habían enmudecido.

El trueno lo hizo vacilar todo y el sonido se propagó por todos lados, estremeciendo las instalaciones en un temblor que repercutió hasta lo más hondo de los huesos de los hombres.

El “Invencible”, antes de explotar por el ataque de la «jauría», había lanzado otro nuevo proyectil que llevaba en su interior y que

escapó fácilmente a los ya dirigidos proyectiles, aprovechándose del emborronamiento del radar de la base para caer sobre ella sin que nada pudiese hacerse por impedirlo.

Las ratas corrían alocadamente por sus complicados sistemas de galerías.

Desde el primer «Uuuuuúuuuuuú...!» se estremecieron de horror, comprendiendo que los hombres que estaban sobre ellas habían desencadenado la muerte.

Sus agudos chillidos enloquecidos se perdieron en el estrépito que los de la «jauría» promovían al salir de sus rampas; pero el terror no era capaz de borrarlo ningún otro ruido. Y las ratas, aterrorizadas, corrieron sin detenerse, olvidándolo todo, las hembras y las crías que, incapaces de seguir la desbocada carrera de los machos y de los más jóvenes, se acurrucaron en lo más hondo de sus cubículos, temblando azarosamente.

Habían olvidado muchas cosas.

Porque las ratas, de muy corta memoria y de más aún corta vida, no recordaban ya la Segunda Guerra Mundial...

La habían olvidado los hombres, ¿cómo la iban a recordar ellas?

Durante muchos años, las ratas habían vivido, siempre temerosas y precavidas, dentro de una cierta tranquilidad, como en otros tiempos. Claro que había habido otros, aquellos en los que el hombre padeció de hambre y peste, en que las ratas habían sido las dueñas casi absolutas de las ciudades vacías, de las calles solitarias, por las que correteaban, saltando de cadáver en cadáver, que los hombres habían abandonado poseídos por el pánico de infectarse.

Ahora era diferente.

Desde hacía mucho tiempo, desde la época del «ghetto» de Varsovia, que había sido el último banquete de las ratas, los hombres se habían vuelto muy precavidos. Y era una verdadera casualidad escapar a las sustancias que colocaban y que convertían a la rata más vital en un cadáver estremecido por los estertores de la muerte más horrible en poquísimos segundos.

Se habían terminado los rincones sucios. Y fuera de la alcantarilla, que seguía siendo el lugar más apropiado para los roedores, el resto de la ciudad y de las instalaciones humanas estaban demasiado bien protegidos para aventurarse a una muerte cierta.

Corrían las ratas.

Porque nadie mejor que ellas puede prever el peligro y la proximidad del Final. Más que ningún otro ser de la Creación, pueden presentir cosas que son un verdadero misterio para los demás animales.

Quizá el perro, cuando aúlla en la noche presintiendo la muerte, pueda parecer tan sensible y perspicaz como la rata.

Pero es un error. La rata no tiene más que olfatear el aire para captar los efluvios misteriosos de lo que guarda el futuro. Por eso, al huir de debajo de las rampas, las ratas demostraban no solamente un miedo a un desconocido y, sin embargo, sencillo problema del presente, sino que ya «olfateaban» el rugido de las máquinas del hombre fuera de las pruebas inocentes de una base cualquiera.

CAPÍTULO V

Los once barcos, abarrotados hasta las bordas, navegaban velozmente, surcando los enhiestos glaciares que abundan en el mar Ártico.

Las piezas metálicas asomaban por doquier y parecían tan sobrecargados que, fuera de los mástiles y las chimeneas, el resto de la superestructura estaba oculto por el cargamento que, rebasando las bodegas y las calas, inundaba las cubiertas y los puentes.

En su cabina de mandos, en el primero de los once navíos, Igor Ilirioy meditaba con los ojos entornados, pareciendo absorto en la contemplación de la monotonía marina que le rodeaba desde que habían zarpado hacia un incierto destino.

Para él, como para los pocos hombres del equipo que conocían exactamente la misión que el Alto Mando Soviético les había confiado, todo había terminado. Y por eso, al abrazar a su esposa en el muelle, Igor Ilirioy lo había hecho con la misma fuerza y emoción que si se encaminase ante un pelotón de ejecución, sin abrazar quiméricas esperanzas.

La verdad le había golpeado crudamente, como una bofetada, cuando el general, en su refugio profundo, le había explicado los motivos de aquella expedición.

Había sido como si un rayo de luz invisible le hubiese cegado; pero la realidad estaba en que Igor, como otros muchos, sabía que aquella orden tenía que llegar tarde o temprano y que nadie podría detener la evolución de los acontecimientos una vez se hubiese cumplido.

Había guardado celosamente hasta entonces la esperanza de que la llamada guerra fría se prolongase hasta el final, pero al plantearse aquella cuestión siempre se había encontrado incapacitado de dar a la palabra «final» un significado que no la equiparase con el término «hecatombe».

Y ahora ocurría así.

No estaban a su alcance los motivos que habían impelido al Alto Mando a dar aquel terrible y espantoso paso; pero, de todos modos, estaba plenamente convencido de que las cosas hubiesen podido arreglarse de otra manera, sin necesidad de llenar el aire con los silbidos y gemidos de proyectiles teledirigidos.

Y allí estaban, perfectamente estibados en las calas, los unos junto a los otros, brillantes y pulidos como objetos que fueran a presentarse a una exposición internacional.

La idea del Alto Mando era sorprender al enemigo.

Aprovechándose de los informes que se habían recibido y que denotaban una época de ensayos en los países occidentales, Rusia deseaba atacar, decidiendo en la primera hora toda la batalla, ya que ninguna clase de culpa podría achacársele a ella, puesto que el ataque no saldría de los límites de su territorio.

Hasta se había precisado a Igor que, unos minutos más tarde de lanzados los proyectiles contra los países occidentales, debía lanzar otros sobre pequeñas poblaciones soviéticas para que la URSS pudiera comunicar a los demás Estados del mundo que ella había sido igualmente agredida.

El plan no podía ser más diabólico y había sido cuidadosamente estudiado, considerándose que jamás podría descubrirse la verdad.

Pero desde el punto de vista de Igor -y de los pocos que sabían la verdad- aquella manera de ver las cosas resultaba ineficaz para ellos, ya que en cuanto lanzasen los proyectiles sobre Occidente y una vez localizado el punto desde donde se efectuaría el lanzamiento, la respuesta sería fantástica y las armas de la venganza, los célebres «Tigres» estadounidenses, caerían por centenares sobre el sitio desde

donde se perpetraría el ataque.

Era sencillamente una condena de muerte para los agresores.

Igor pensó en todo lo que había trabajado y estudiado, pensando en sí mismo y en las técnicas que le habían enseñado, pero sin imaginarse nunca que se había creado su propia trampa. Que, como algunas arañas suicidas, se había visto en la misma tela que él, incautamente, había tejido.

No tardaron más que dos semanas en llegar a su punto de destino: un lugar perdido en el Ártico, un trozo de tierra helada, donde inmediatamente se pusieron a montar las rampas, camuflándolas con redes untadas en una sustancia blanca que reproducía perfectamente el hielo, logrando incluso hasta la reverberación de la nieve bajo los rayos solares,

Ningún avión podía descubrirlos, ya que la red estaba dotada de un mecanismo que hacía nulas todas las investigaciones desde el cielo, incluso la de los rayos infrarrojos, que hubieran sido el único modo de descubrir la existencia de fuentes caloríficas bajo las inocentes redes.

Tres semanas más y todas las instalaciones quedaron montadas, pudiéndose comunicar a Moscú, en una severa y complicada clave para que no fuera intervenida por los servicios de inteligencia de otros países, que ya estaban dispuestos para recibir la orden de ataque en el momento en que el Alto Mando lo juzgase conveniente.

Aquella tarde, después de transmitir aquel mensaje, Igor se recluyó en su puesto de mando, dispuesto a dormir, pero antes de que hubiese terminado de cenar, alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante!

Un hombre alto apareció en el umbral.

Igor le sonrió, ya que se trataba de Sergio Danowitch, el técnico en radar del equipo y amigo suyo desde hacía muchísimo tiempo.

—Siéntate, Sergio.

Así lo hizo el recién llegado, encendiendo, a su vez, un grueso cigarrillo.

Durante unos minutos ambos jóvenes guardaron silencio, como si se diesen cuenta de que las palabras, en aquella ocasión, iban a ser totalmente vacías de significado, como todo lo que se dice ante la verdad indiscutible de la muerte.

Fue Igor quien rompió el silencio.

—¿Ha habido respuesta?

—No. Ni la habrá.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres que nos digan? ¿Que nos feliciten? Sólo nos comunicarán algo cuando nos digan que tenemos que empezar a lanzar nuestros proyectiles.

Igor bajó la cabeza.

—Sí, ya lo sé —asintió sombríamente.

Hubo un nuevo silencio.

—Tampoco nos dejarán comunicarnos con los nuestros. Ya conoces las instrucciones que nos dieron a ese respecto: silencio absoluto y secreto absoluto para todo el mundo. Es como si ya estuviéramos muertos.

Igor le miró fijamente.

—¿Es que no lo estamos? —preguntó.

—Lo sé. Somos cadáveres que se mueven, que piensan y que son capaces, antes de enfriarse definitivamente, de matar y destruir; pero, en cuanto hayamos comenzado a hacerlo, nos convertiremos en cadáveres de verdad.

Ilirioy sonrió con una mueca.

—¡Qué ilusiones te haces, amigo mío! ¡Nosotros cadáveres de verdad!

—¿Por qué no? ¿Crees acaso que vamos a salir de ésta?

—No. Pero tampoco seremos muertos como los otros. Si no hubiese existido el precedente de la Segunda Guerra Mundial, en Hiroshima y Nagasaki, podría decirte que íbamos a ser de los primeros, excepto, naturalmente, nuestras propias víctimas, en conocer una clase de muerte completamente moderna. ¿Sabes en qué nos convertiremos?

El otro guardó silencio.

—¡En cadáveres atómicos! ¿Te imaginas nuestro aspecto? —reía nerviosamente—. Figúratelo. Algunos de mis átomos, los de mi cerebro, por ejemplo, se habrán mezclado con los tuyos, los de tu mano derecha... ¡Ja, ja, ja!

Sergio se ensombreció, observando a su amigo con cierto aire temeroso.

—No debes dejarte llevar a esos límites, Igor.

Pero el otro seguía riendo..

—¡Cadáveres atómicos! Me imagino la cara que pondría cualquier empleado de pompas fúnebres al que encargaran un ataúd para un «cadáver atómico».

—No le veo la gracia, de verdad.

El rostro de Ilirioy se oscureció repentinamente.

—Ni yo tampoco. Perdona, amigo mío, pero hay ocasiones en que la histeria no puede evitarse.

Y después de una pausa, siguió:

—Llevo tres meses de casado y esperaba un hijo. Tania se aferraba a mí en el muelle antes de que zarparan nuestros barcos. Aunque le había ocultado la verdad, diciéndole y asegurándole fervientemente que regresaría muy pronto, su intuición femenina no se equivocó. Y me dijo que cuidaría mucho del pequeño.

—Eso debió satisfacerte.

—A medias.

—¿Qué quieres decir?

—Pero, ¿es que aún no te das cuenta de lo que va a desencadenarse, querido Danowitch?

Sergio le miraba con fijeza frunciendo el entrecejo.

—Francamente no sé dónde quieres ir a parar.

—A la verdad; a la verdad dolorosa y desnuda. Escucha, amigo mío. En cualquier otra ocasión, ante una guerra que no sea como la que vamos a provocar con nuestra acción, un marido, tú, yo, cualquiera, se hubiese despedido de los suyos con la natural tristeza en un hombre que puede dejar de existir en un momento u otro. Incluso en nuestro especial caso de condenados a muerte, la despedida hubiese cobrado un aspecto dentro del dolor de la separación, un poco más normal que hubiera atenuado nuestra enorme pena.

»Pero lo nuestro es muy diferente, Sergio. Fíjate bien en que lo que vamos a desencadenar es sencillamente, sin ambages ni mentiras, el Fin de la Humanidad.

—¿No crees que exageras un poco?

Los ojos de Ilirioy brillaron con impaciencia.

—Desdichadamente, estoy en lo cierto. No te hagas ilusiones, Sergio. Los occidentales no van a tragarse la píldora. Porque, en su desesperación, aunque no puedan precisar exactamente la nacionalidad del agresor, poco podrán saber examinando el polvo

atómico en que nos convertirán sus bombas; no dejarán, en un arrebato de locura colectiva, de sembrar la muerte que les rodeará a ellos por doquier.

»Imagínate, amigo mío, lo que pensará, por ejemplo, un americano que sepa que en pocos minutos su país ha dejado de existir. Que sus ciudades se han convertido en polvo, que sus familias se han evaporado en la nada… ¿Qué crees tú que pensará? ¿Qué le importará en aquel momento? ¿Qué crees tú? Cundo eche una ojeada sobre el mapa y se dé cuenta de que el único país indemne es el nuestro, pulsará rabiosamente los botones de disparo de sus rampas para acabar con los nuestros, para tomarse una venganza que él creerá justa…

—Pero nosotros recibiremos algunos proyectiles de nuestra base.

—¡Eso no servirá de nada! No niego que a las primeras horas del ataque no exista una confusión que, en cierto modo, y por muy poco tiempo, nos sea favorable. Pero indudablemente, la locura entrará en los cerebros de todos los hombres y no quedará ni una ciudad ni un país sin ser barrido por los proyectiles nucleares.

»Y escucha otra cosa: si a pesar de todo me equivoco; si los occidentales se tragan el anzuelo y no disparan contra nuestro país, ¿olvidas la carga de radiactividad que flotará sobre toda la Tierra durante muchos años?

»Será el final para los que desaparezcan en átomos, pero será la más espantosa tortura para los que queden.

—Entonces, ¿por qué desencadenamos la guerra?

Igor se encogió de hombros.

—Lo que a ti y a mí, y con nosotros a millones de hombres, puede parecernos una locura insensata, es para otros, muy pocos pero detentadores del poder, un camino lógico, una «encrucijada histórica» o un deber…

»Es la eterna historia y nada podemos hacer para evitar que la catástrofe y el hombre tengan que andar siempre de la mano. Lo fue desde el principio del mundo y así continuará siéndolo, sin que el hombre pueda hacer nada para evitarlo.

* * *

Bart Sutton oprimió el botón del «fonovisor» y la imagen de su secretario apareció recortada en la pantalla.

—Señor.

—¿Ha llegado Carson?

—Aún no.

El rostro del viejo adquirió un tinte sombrío.

—¿Qué demonios le pasa? ¿Ignora que debemos asistir a la llegada del «Explorador» a Marte?

—¿Quiere que le telefonee, señor?

—¡Hágalo ahora mismo!

—Enseguida, señor.

—Y comuníqueme inmediatamente lo que pasa.

Desapareció la imagen y Sutton se alejó, con su silla, haciéndola moverse de un lado para otro del salón.

¿Le habría ocurrido algo a Carson?

Aquella idea lo paralizó por completo, ya que se dio cuenta de que la astronave, concebida y construida por Hoppy, sólo podía ser guiada por él.

¿Y si le ocurría algo?

—He sido un necio —dijo en alta voz—. Nunca más le dejaré salir de aquí. Mientras esté conmigo, no le podrá ocurrir absolutamente nada.

Y nerviosamente, sin poder resistir un momento más, volvió a hacer funcionar el «visófono».

El rostro de Walker volvió a salir en la pantalla.

—Ha salido para acá, señor.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Su cuñada.

—Dígale, en cuanto aparezca, que venga inmediatamente a verme. Tengo que hablarte seriamente.

—Así lo haré, señor.

Sutton cortó la comunicación, quedándose pensativo.

Hacía muchas semanas que no había salido del refugio para nada, esperando pacientemente que todo se arreglase. Ahora, cuando faltaba muy poco para que el «Explorador» llegase a Marte, se sentía lleno de ilusiones, rejuvenecido, sabiendo que si la experiencia resultaba bien, el viaje verdadero se haría casi inmediatamente, ya que las noticias que le procuraban sus informadores internacionales eran cada vez más pesimistas.

Momentos más tarde, la puerta del salón se abría, dejando paso a Hoppy Carson.

El viejo le miró ansiosamente.

—¡Usted! ¡Por fin! ¿Dónde diablos se había metido para olvidar que debía venir?

Hoppy frunció el entrecejo; luego, extrañado, lanzó una ojeada a su reloj de pulsera.

—Perdone, señor Sutton, pero he llegado a mi hora.

—¿Y el «Explorador»? ¿Lo ha olvidado también?

Carson suspiró y, conteniéndose a duras penas, se excusó.

—Faltan tres horas para empezar la observación hasta que sea de noche, señor Sutton. A partir de este momento (dentro de tres horas), tendremos que esperar dos más para asistir a la llegada de la nave experimental.

—Bueno, bueno. Todo eso está muy bien. Pero sigo creyendo que estamos desperdiciando un tiempo precioso.

—Si usted lo dice…

El viejo no dijo nada, bajó la cabeza y, visiblemente contrariado refunfuñó algo ininteligible. Estaba buscando la manera de atacar y no tardó mucho en hacerlo.

—A propósito, Carson, ¿sabe usted una cosa?

—Usted dirá.

—Si el «Explorador» llega sin novedad, podremos partir cuando queramos, ¿verdad?

—En efecto.

—De acuerdo. A partir de este momento, no quiero que salga usted de aquí.

—¿Cómo? —se asombró el joven.

—Lo que he dicho. Usted es la única persona capaz para guiar la astronave. ¿Se imagina lo que pasaría si le ocurriese algún estúpido accidente?

Hoppy sonrió.

—No me ocurrirá nada, señor; muchas gracias por su interés.

—¡Claro que no le ocurrirá nada! Como que no va a salir de aquí hasta que no lo haga a mi lado, rumbo a Marte.

—¿No cree usted que exige demasiado?

El silencio que siguió parecía cargado de hielo.

—¿Quiere usted que le doble sus emolumentos?

Carson se encogió de hombros.

—Hace tiempo que el dinero ha dejado de significar gran cosa

para mí. Además, si vamos a Marte, ¿para qué lo vamos a necesitar?

—Puede querer alguna otra cosa. Piénselo. Estoy dispuesto a concederle lo que sea con tal de que no vuelva a salir de aquí.

Hoppy se dijo que aquel hombre estaba completamente salido de sus cabales; pero, en aquel momento, recordó las palabras del secretario refiriéndose al viejo.

—Creo que voy a pedirle algo, señor.

—¿De qué se trata?

—También creo que va a negármelo.

El viejo frunció el entrecejo.

—Déjese de misterios y dígame lo que sea.

—Me quedaré aquí, como usted quiere, si permite que mi hermano y su familia vengan con nosotros. Hay un niño —agregó observándole intencionadamente.

Sutton se sobresaltó.

—¿Un niño? ¿No sabe que no quiero criaturas en mi astronave?

Carson no contestó.

Durante un buen rato permanecieron en silencio; después, el viejo exhaló un profundo suspiro.

—Está bien; se lo concedo. Pero con una condición —propuso.

—Usted dirá.

Hoppy aún no podía creerlo.

—Que no les diga absolutamente nada. No quiero que se corra la voz de nuestro viaje. Podría traernos malas consecuencias.

—Así lo haré, señor... Me limitaré a decirles que no me esperen, que voy a quedarme aquí para ultimar mis trabajos. Ahora, si me lo permite, voy a ir al observatorio. ¿Desea que conecte el objetivo de su aparato de televisión?

—¡Naturalmente! Quiero ver con mis propios ojos la llegada del "Explorador" a Marte.

Carson abandonó el despacho subterráneo en un estado de enorme excitación.

¡Había logrado lo que se proponía!

Pero, al hallarse cara a cara ante el secretario, se sintió un poco culpable, como si aprovechándose de su insustituible puesto de piloto, hubiese conseguido algo por lo que Walker lo daría todo y que jamás llegaría a lograr.

No pudo callar.

—Creo que voy a darle una buena noticia, Walker.

El secretario levantó la vista de los documentos que estaba estudiando.

—¿Sí?

—El viejo ha aceptado que venga mi sobrino con nosotros.

—¡No lo creo!

Walker se levantó de la silla observando a Carson con fijeza.

—Pues es verdad. Le ruego, no obstante, que no diga nada. Pero, con ese precedente, estoy seguro de que conseguirá que sus pequeños vengan también.

—No puedo pedírselo; es decir, no quiero hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque no soy tan cándido como usted, Carson. Aunque me lo jurase de rodillas, no creería a ese asqueroso viejo. Es capaz de prometer su alma al diablo con tal de salirse con la suya.

—Exagera usted.

—El futuro nos lo dirá, afortunadamente.

Y sus ojos brillaron con una intensidad que Carson no conocía.

—¿Afortunadamente qué, Walker?

Harry se mordió los labios.

—Quería decir —repuso demasiado vivamente, esquivando los ojos de Hoppy— que, por fortuna, no tendremos necesidad de nada de eso. La guerra no estallará.

—Ojalá sea así.

Y Hoppy se alejó, nada convencido de las últimas palabras del enigmático secretario.

Los cálculos astronómicos, una vez en el observatorio, lo absorbieron completamente durante cerca de tres horas. Luego, ya de noche, salió unos instantes para telefonear a Eddie.

—Estaré algunos días ausente —le dijo.

—¿Pasa algo grave? —inquirió su hermano.

—Nada. Oye, puedes decir a Bob que he conseguido lo que él deseaba tanto.

—¿Lo del via…?

—Silencio, por favor.

—Comprendo. Se pondrá loco de contento.

—Perfectamente. Lo que quiero es que no diga nada al hijo de los Lumen.

—Ya se lo advertiré.

Tres horas más tarde, Hoppy conectaba el objetivo del telescopio con el aparato de televisión de Sutton.

El viejo, reclinado en su silla mecánica, observó atenta y ansiosamente el planeta Marte, que parecía flotar en el espacio. Todas sus ilusiones estaban ahora a flor de piel, vivas como hechos reales. Y al pensar en todo lo que podía significar aquel viaje, sólo se sintió frustrado por no haber conseguido encontrar aún a su hijo.

La voz de Carson le sacó de su ensueño.

—Atención, señor Sutton. Faltan muy pocos minutos. Fíjese, sobre todo, en el hemisferio sur del planeta.

—Bien.

Abrió desmesuradamente los ojos hasta que casi le hicieron daño.

De repente.

La explosión fue perfectamente visible y un grito de triunfo brotó de los resecos labios del anciano.

—¡Lo hemos conseguido!

La voz de Hoppy volvió a sonar.

—¿Lo ha visto, señor?

—¡Es fantástico!

—Ya le decía que no fallaría, señor.

Y Sutton, al notar el tono completamente normal de la voz de su astronauta, no pudo menos de sonreír satisfecho.

—Ya le dije que me gustan los hombres como usted, Carson. Me gustaban mucho. Y me gustan.

* * *

Casi todas las ratas se habían quedado en los barcos rusos y regresando con ellos a las bases. Sólo unas pocas, que habían anidado recientemente en unas cajas de galletas, fueron almacenadas, sin darse cuenta, en lo hondo de las galerías de hielo que habían abierto para colocar las provisiones.

En realidad, la cifra de ratas que habían salido del barco, o de los barcos, eran nada más que dos docenas: cuatro parejas jóvenes y sus correspondientes nidadas, de seis por pareja.

Las cajas de cartón que contenían las galletas eran un mundo cómodo para los roedores y, al mismo tiempo, abundante en lo que más importaba para ellos: la comida.

Y mientras los machos correteaban incesantemente, las hembras,

sin dejar de amamantar a su numerosa prole, roían alguna sustanciosa galleta, nada más que alargando el hocico, ya que los sabrosos manjares, como en una jauja maravillosa, eran a la vez casa y cama, paredes y techo.

Las cajas fueron colocadas sobre otras, en montones que demostraban la absurda idea de los humanos y su inexplicable mentalidad, ya que muchas de aquellas cajas, casi todas, quedarían como estaban, sin que los hombres de la base las llegaran a consumir, ni mucho menos.

Para decir verdad, aquellas cajas serían reducidas a átomos, como todo lo que allí había.

¿Sabían algo de ello las ratas?

Ninguno de los hombres lo hubiese sospechado; pero, para decir verdad, a partir del tercer día de estancia allí, los machos primero, después las jóvenes hembras, sin motivo aparente, empezaron a mostrarse inquietas, moviéndose de un lado para otro, sintiendo cómo se les erizaba el pelo.

Un par de machos, ciertamente alterados, intentaron escapar de su escondrijo seguro y fueron muertos por los hombres que, sin tener nada que hacer, pensaron que podrían distraerse acabando con los otros animales que debía haber en el almacén.

Y así, por culpa de la intuición sabia de las ratas, acabaron aquellas familias que habían pensado emigrar, a un mundo que consideraban mejor.

CAPÍTULO VI

—Los hombres han descubierto ratas en la despensa.

Igor sonrió; después, mirando a Sergio, dijo:

—¿Y qué?

—Las han matado.

—¿A todas?

—Sí.

—Han hecho bien; después de todo, es una muerte piadosa.

—¿Por qué?

—Porque han dejado de sufrir. Nosotros, por el contrario, no

podemos tener la suerte de las ratas. Por la fuerza, hemos de convertirnos en cadáveres atómicos.

Sergio se encogió de hombros.

—Seguimos sin noticias —dijo, después de un corto silencio.

—¿Tienes prisa?

—En cierto modo, sí.

—Quizá tengas razón. Después de todo, cuanto antes mejor. Esta espera empieza a ser intolerable.

Igor empezó a reír nerviosamente.

—¿Otra vez? —se alarmó su amigo.

—No, no se trata de ninguna crisis de histeria, Sergio. Estaba, sencillamente, acordándome de esas ratas.

—¿De las ratas?

—Sí. Imagínate la estupidez de ciertos animales a los que muchos les dan un poder de intuición. Esas ratas podían haberse quedado en los barcos y vivido, junto a sus compañeras, mucho tiempo, ya que los buques, aunque abandonados por los hombres, seguirán anclados en los puertos, los que no se dejen en el mar... En vez de eso, esas estúpidas se han embarcado en una aventura que les ha costado la vida, y que se la costaría de todos modos, aunque los muchachos no las hubiesen descubierto.

—¿Qué sabían ellas? Se habían metido a anidar en las cajas de galletas.

—De todas maneras, no deja de ser una solemne estupidez.

—¿Y no has pensado en el motivo que les ha impelido a mostrarse?

—No te entiendo.

—He oído decir que, cuando un barco está verdaderamente en peligro, muchas veces, antes de que sus tripulantes se percaten de ello, las ratas salen de las calas, de las bodegas, anunciando un final que, la mayor parte de las veces, el hombre, con toda su vanidad, no alcanza a prever.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que si las ratas han salido de su escondrijo, motivo por el que nuestros hombres las han descubierto, es que se han «olido» algo...

—¡No seas estúpido! Eso no demuestra nada...

—Ojalá tengas ra...

No pudo terminar la frase.

El telegrafista llegó al improvisado puesto de mando y, cuadrándose ante Igor, con voz nerviosa, dijo:

—Moscú al habla, camarada comandante.

Ilirioy cruzó una rápida mirada con su compañero.

—Voy —dijo al soldado.

Y cuando se disponía a cruzar el umbral, se volvió hacia el otro.

—Ven conmigo, Sergio.

Atravesaron el pasillo subterráneo, excavado en el hielo e iluminado con bombillas a todo lo largo. Al fondo penetraron en la sala de transmisiones.

—Comandante Igor Ilirioy al habla.

La voz sonó clara y tajante, como un cuchillo.

—Mañana a las cero quince. ¿Entendido?

—Entendido.

Y no hubo más.

Sólo un silencio que cayó sobre ellos como una inmensa losa. Cogiendo del brazo a su amigo, Igor lo llevó por el pasillo hasta penetrar nuevamente en el despacho.

Una vez allí, se dejó caer en un asiento, secándose el abundante sudor que le empapaba la frente.

—Las ratas tenían razón —dijo, sin osar levantar la mirada del suelo.

* * *

—¡Chuta!

Bob cogió carrerilla y lanzó la pelota, con todas sus fuerzas, contra Clark, que, a pesar de todos sus esfuerzos y de una estirada que le hizo caer de bruces, no pudo detenerla.

—¡Gol! —gritó el otro con entusiasmo.

Pero Clark, al levantarse, no mostró el entusiasmo habitual que demostraba en el juego.

Tenía otras preocupaciones.

Por eso, recogiendo el balón que había detenido junto a la verja, fue hacia su amiguito.

—¿Crees que se podrá jugar a la pelota en Marte?

Bob enarcó las cejas; después, como siempre que planeaban una cuestión difícil, se rascó enérgicamente la rojiza pelambrera.

—¿Por qué no se habría de jugar a la pelota en Marte?

—He leído que la fuerza de la gravedad es más pequeña que en

la Tierra.

—¿Y eso qué importa?

—¡Hombre, tú dirás! Si chutas con un balón como éste y pesa menos que en la Tierra, llegará mucho más lejos o mucho más alto si lo boleas...

—¡Eso es formidable! —Y sonriendo, al tiempo que le guiñaba un ojo, añadió—: ¡Vas a pasarlo muy mal en Marte, amigo mío! Si aquí te meto los goles que quiero, allí no tendrás nada que hacer.

Clark se mordió los labios.

Había prometido a su papá no decir nada a Bob; pero, en el fondo, le dolía tremendamente que su amiguito no pudiese acompañarle.

¿Con quién iba a jugar entonces?

Aunque era posible que hubiese niños marcianos allí; pero, de todas formas, nunca serían tan simpáticos como Bob.

—¿En qué piensas? —le preguntó el pelirrojo.

—En lo que me has dicho —mintió piadosamente el otro—. Si el balón pesa menos, tendremos que fabricar algunos para que sean parecidos a éste.

—Tendrás que aprender a parar mejor.

—Ya lo haré. ¿Quién te ha enseñado a ti?

—Nadie. Lo que pasa es que de tanto oír a papá decir que los «jauría» paran a los proyectiles enemigos, de que si la trayectoria, la parábola y todas esas bobadas, yo, antes de dormirme, calculo la dirección que puede seguir la pelota y me lanzo sobre ella como si fuese uno de la «jauría».

Pero Clark no le escuchaba.

Seguía íntimamente preocupado por lo que iba a ser de su vida cuando estuviese lejos de Bob. Habían crecido juntos, más como hermanos que como amigos, y existían demasiados lazos entre ellos para poder romperlos así como así.

El pequeño Carson se imaginó lo que sería de su amigo cuando la astronave volase hacia Marte. Seguiría en esta calle, vagando de un lado para otro, deteniéndose mil veces ante la verja de su casa, como si esperase que, por una portentosa acción, pudiese salir él para jugar nuevamente juntos.

No se podía explicar tampoco el motivo que el «viejo» podía tener para no querer que Bob le acompañase.

—Hace tiempo que no veo a tu tío Hoppy —dijo Bob de repente.
—Está de servicio permanente junto a la astronave.
—Mi padre lleva también unos días de servicio. No le dejan salir de la base.
—Es una lata.
—¿Por qué?
—Porque si estallase la guerra esa, podríamos vivir completamente tranquilos.
Bob asintió con un gesto; luego, demostrando que aquella conversación no le convenía demasiado, dijo:
—Me voy a marchar. Guarda el balón. Después llevaré a tu casa el robot que me ha regalado mi padre.

* * *

Alan se despertó muy temprano; en realidad, como hacía ya varias noches, apenas si podía conciliar el sueño.
Abandonó el lecho, se vistió rápidamente, después de asearse, y salió hacia los iluminados pasillos de la base, completamente desiertos a aquellas horas en las que, excepto los centinelas del radar de turno, todos los demás hombres dormían.
Paseó por las salas subterráneas y movido por un deseo que pertenecía por completo a su subconsciente, pasó a los depósitos de armas, examinando, como de costumbre, los largos tubos plateados que estaban allí en reserva, tres pisos más abajo de donde estaban situadas las rampas.
El “Invencible”.
No lograba, desde que el cohete estalló inocentemente sobre la base, hacer que su mente descansase. Los técnicos se habían salido con la suya, organizado un gran revuelo en el Alto Mando y todas las bases de rampas esperaban, de un momento a otro, recibir instrucciones sobre la manera de combatir eficazmente aquel nuevo tipo de proyectil.
Pero, entre tanto…
El enemigo podía poseerlo y lanzarlo en cualquier momento, haciendo completamente estériles todos los esfuerzos que los hombres de las rampas habían hecho para defender Occidente de una manera segura.
Alan había hablado con el comandante y los otros jefes de la rampa, exponiendo un plan que, de momento, sirviese para detener

a los “Invencibles” que pudiese lanzar el enemigo.

El proyecto, después de todo, era bastante aceptable y el comandante le había felicitado sinceramente. Consistía, simplemente, en lanzar detrás de la «jauría», una segunda, con cohetes de retardamiento que permanecieran lejos del primer objetivo, esperando la aparición del segundo.

Era lo único que podían hacer.

Estaba claro, sin embargo, que el gasto de «jaurías» se iba a duplicar; pero lo primordial era detener el ataque enemigo hasta localizar sus lugares de lanzamiento, para identificarlo y destruirlo con los poderosos «Tigres».

También habían prometido los técnicos dotar de “Invencibles” a todas las bases aliadas; pero Alan, como los demás, sabía perfectamente que se pasarían muchos meses antes de que aquel hermoso proyecto se convirtiese en una palpable realidad.

Estaban en el depósito de armas y bajó unos cuantos escalones más, hasta el depósito de víveres, a donde no había ido desde hacía mucho tiempo.

Aquellas salas dotadas de estanterías que llegaban hasta el techo, estaban profusamente iluminadas, como todo el resto de la base. La pila atómica proporcionaba energía y fuerza, sin que tuviese que preocuparse por la cantidad que gastaban.

Alan lanzó una ojeada a las estanterías de provisiones.

Allí había comida para un asedio de un año, sin tener que limitar las abundantes raciones en modo alguno. Por una parte, aquello constituía una tranquilidad enorme, ya que en caso de ataque, casi toda la comida disponible en el exterior quedaría inmediatamente contaminada por la radiactividad y, por lo mismo, inutilizada. La comida de fuera…

Aquello quería decir la comida de su mujer y su hijo, la comida de los Carson. Y la de muchísima gente más que, en medio del terror que reinaba por doquier, tendrían que soportar, además, el espectro del hambre.

Un ruido extraño le hizo volver la cabeza.

Y la vio.

No fue más que un solo instante, pero lo suficiente para darse cuenta de que la rata, burlándose de la luz y de su presencia, había cruzado la sala, hundiéndose entre las cajas de carne que había a la

izquierda.

«Tendré que avisar a los del servicio de desratización que se ocupen de esto», pensó.

Y no se preocupe más.

Momentos más tarde, uno de los oficiales, cuando ya subía hacia su puesto de mando, salió a su encuentro.

—El comandante le llama con urgencia, señor.

—Voy.

—Dice que vaya a su puesto de mando; le conectaré allí con la televisión.

—Entendido.

Momentos más tarde, Alan estaba ante la pantalla, como los demás jefes de rampas, mirando el rostro severo del comandante.

—Se ha dado la alarma —dijo éste—. Todavía no sabemos si se trata de una prueba; pero tenemos que abrir mucho los ojos. Yo creo que hoy…

No pudo terminar.

En su puesto de mando, como en el de todos los jefes a los que se dirigía, se encendieron las luces parpadeantes de las señales de radar. Y las voces que maniobraban los aparatos llegaron hasta ellos, vibrantes, terriblemente sonoras.

—¡Contacto 238!

—¡Múltiples contactos en 629!

—¡Nuevos contactos, lejanos aún, en 473!

Un escalofrío recorrió la espalda de Alan.

Porque aquellas cifras, a pesar de su simpleza aparente, poseían una significación dramática para millones de norteamericanos.

«238» era Chicago, «629» Boston y «473» Nueva York.

A pesar del horror que le sobrecogió, seguramente como a todos los demás, Lumen obró automáticamente, respondiendo plenamente a la preparación que, durante tanto tiempo, se había ejercido sobre él.

—¡Lanzamiento en rampas 2, 4, 5, 7, 8 y 11!.

En otras muchas bases, idénticas instrucciones se estaban llevando a cabo.

¡La guerra había empezado!

Se había pensado tanto en aquella posibilidad, se la había estudiado con tanta crudeza, que ahora, al presentarse, se la

consideraba, a pesar de todo, como una consecuencia lógica.

¡Uuuuuuuuuuu...!

Salían los «jauría», sedientos de materia enemiga, buscándola afanosamente con sus mecanismos electrónicos de detección, dispuestos a hacer nula toda la tentativa enemiga de descargar la fuerza ciega de sus proyectiles sobre las grandes ciudades de Occidente.

¡Uuuuuuuuuuu...!

Era como el aullido lastimero de una gran bestia herida, o como el de los lobos que, en la noche, con sus ojos fosforescentes, corrían hacia la presa segura.

La voz del comandante tronó en todas las pantallas.

—¡¡Necesito conocer el emplazamiento del agresor!! ¡¡Pronto!!

Y mil ojos de radar fueron suministrando complejos datos matemáticos a los cerebros electrónicos, que fabricaban trayectorias, dibujando con sus manos metálicas, líneas de todos los colores que iban señalando con una insistencia terrible, un punto del Ártico.

El visófono tembló de nuevo.

—¡Nueva York ha sido destruida! ¡El enemigo utiliza proyectiles tipo "Invencible"!

—¡Rampas de seguridad! ¡Atención! ¡Duplicad el envío de «jaurías»! ¡Utilizad el sistema de instrucciones de emergencia! ¡Fuego!

¡Uuuuuuuuuuu...!

La estratosfera se llenaba de ruidos, de pasos plateados, de ideas mecánicas de venganza.

—¡Se está precisando la situación del agresor! ¡Es cuestión de pocos segundos!.

—¡Más rápido! ¡Más rápido!

—¡Boston y Chicago destruidas!

—¡Fuego en las rampas de intercepción!

¡Uuuuuuuuu...!

Era la fiebre, la locura, el ansia de venganza, la única esperanza de salvación.

—¡Londres y París destruidos!

—¡Fuego!

¡Uuuuuuuuu...!

El comandante había envejecido veinte años en veinte segundos.

—¡Datos! ¡Datos! —reclamaba sin cesar.

Y los datos llegaron.

Fríamente, los cerebros electrónicos, completamente ajenos a la tragedia de los hombres, proporcionaron la situación matemática de las rampas enemigas.

—¡«359», «846»!

Era bastante.

Con un rugido de rabia, la voz del comandante resonó por las bóvedas de la base.

—¡Fuego de todas las rampas de «Tigres»! ¡A discreción!

¡Uuuuuuuuuuuu…!

Ilirioy tenía razón.

Ya eran, segundos más tarde, «cadáveres atómicos».

* * *

Se detuvieron, quedándose paradas como estatuas. Porque, a pesar de haberlo «olfateado», que es la forma animal de la intuición, no sabían con exactitud lo que pasaba.

Los pelos de sus redondos y lustrosos lomos se erizaron.

Era el final.

Lo sabían y les sobrecogía tan espantosa realidad, ya que no poseyendo una conciencia del deber como los humanos, se aferraban biológicamente a la vida, que todo significaba para ellas.

Las ratas.

¿Qué sabía el hombre de todas sus angustias, de los temblores de las hembras que tenían bajo su vientre a las crías recién nacidas, todavía sin pelo, con el feo color rojizo de la carne desnuda?

Ni el mismo hombre, aquella criatura desagradable, podía saber exactamente los resultados fabulosos de la catástrofe que acababa de provocar.

Ellas sabían que todo había terminado y que después de un gigantesco banquete, cuya duración sería breve, la muerte para todos, para todos, iba a llegar irremisiblemente.

Por eso, después de los primeros minutos de extrañeza, de aquellos minutos que las habían dejado paradas, como estatuas, gritaron salvajemente, lanzando el grito de guerra que significaba que el miedo, el temor y el sobresalto que habían padecido durante siglos, se habían terminado para siempre.

Y las ratas abandonaron sus guaridas y salieron a la superficie.

Porque había sonado la hora de la Última Peste.

CAPÍTULO VII

La parte norte de la ciudad había quedado destruida por una bomba atómica.

Por suerte, las otras bombas que le habían sido destinadas, habían sido interceptadas, justo a tiempo, por los «jauría», allá arriba, por encima de la atmósfera.

La muerte, peor que la que habían sufrido los que habían recibido sobre ellos el impacto directo, se acercaba ahora a los demás, en forma de una misteriosa e invisible radiación que quemaba la carne, vaciaba la luz de los ojos y metía a los seres en el estrecho cepo de una indecible tortura agónica.

Y esto lo sabía Sullivan.

El Rey de los Mendigos no había perdido el tiempo. Durante aquellos pocos días que habían precedido a la Gran Catástrofe, había preparado a sus mejores, a sus más valientes guerreros, ofreciéndoles la libertad, en un mundo lejano en el que serían los dueños absolutos...

Tampoco Dora había perdido el tiempo.

Poco le había costado, en realidad, convencer a Tom de la necesidad de marchar a Marte, donde podrían erigirse en soberanos, gobernando a los hombres de Sullivan, que, cien veces más valientes que los que el «viejo» se proponía llevar consigo, lucharían contra todo lo que se opusiese a la formación de una nueva humanidad en el planeta rojo.

Por eso, aquella tarde, después del bombardeo de la ciudad, un centenar de hombres, precedidos por Sullivan y en compañía de Tom y Dora, se dirigían rápidamente hacia el domicilio de Sutton, situado en el sur de la ciudad.

Habían requisado varios camiones y se habían apoderado de armas. Estaban dispuestos a hacerse con la astronave, saliendo hacia el espacio inmediatamente.

Y Sullivan tenía un plan que no podía fallar.

La ciudad estaba asustada, amedrentada, y muchos de sus

habitantes huían en un éxodo impresionante de la nube radiactiva que ya empezaba a caer sobre ella.

De nada habían servido los servicios de seguridad y auxilio, que las autoridades habían previsto desde hacía mucho tiempo. Todo había fallado, lamentablemente, cuando la muerte nuclear hizo su aparición.

Y el terror se había apoderado de todas las conciencias, haciéndolas olvidar los más elementales deberes humanitarios.

¿Qué importaba que el esposo, la mujer, los niños o los amigos hubiesen caído, en el sector norte, convertidos en átomos?

Lo importante era huir, escapar a la tortura abrasadora de la radiactividad. Se había hablado demasiado de aquel peligro, se habían dado demasiadas proyecciones y conferencias, recordando los trágicos días de Hiroshima y Nagasaki; se citaron demasiados ejemplos, se había crecido el peligro -quizá menos de lo que en realidad significaba- para poder exigir cordura de las gentes.

Y las gentes se desbocaron.

Todo lo que había significado algo hasta aquel preciso instante, dejó de tener valor. Y tanto en el plano espiritual como material, el pánico anuló las valencias, dejando al desnudo el alma primitiva del hombre, su instinto de conservación individual y egoísta.

A Sullivan y los suyos les importaba un bledo todo aquello.

Conocían demasiado bien a sus semejantes para esperar algo de ellos. Porque, por paradójico que parezca, son los que están hundidos en la maldad los únicos capaces de comprender las reacciones primitivas de sus semejantes.

Avanzaban los camiones por las calles y avenidas desiertas, rumbo a la residencia del «viejo».

Cuando los vehículos se detuvieron ante las verjas, cuidadas por algunos aterrorizados centinelas, no fue labor dura para los hombres de Sullivan deshacerse de ellos y echar la verja abajo.

Una vez dentro del parque, Sullivan detuvo a sus impetuosos compañeros y avanzó en compañía del Tuerto hacia la entrada de la casa.

La puerta estaba entreabierta.

Pero cuando penetraron en el lujoso hall, Walker, el secretario, que ya les esperaba ansiosamente, les salió al encuentro.

Dora había hablado de él a Sullivan.

—¡Llegan a tiempo!

—¿Dónde está el «viejo»?

—En su refugio, con el piloto. Todo está preparado.

—¿Y los otros?

—¿Los que tenían qué venir con nosotros?

—Sí.

—Están en sus habitaciones. Esperando la hora de la marcha.

Sullivan sonrió:

—Que esperen —dijo.

Y después de una pausa.

—Vamos a ver al «viejo».

* * *

—¡No ha cumplido usted su palabra, mister Sutton!

Hoppy estaba rojo de cólera.

—¿Qué quiere usted que haga, Carson? Es completamente imposible salir de a la ciudad en busca de su familia. Y, aunque lo hiciésemos, ¿cómo íbamos a estar seguros de que su hermano y los suyos no están ya contaminados?

Hoppy palideció, cerrando los puños.

—¡No conduciré la astronave!

Pero la voz que sonó en la puerta del refugio le hizo volver la cabeza, al mismo tiempo que al «viejo».

—Usted conducirá la astronave.

Sullivan, el Tuerto y Walker estaban en el umbral.

Sutton frunció el entrecejo.

—¿Quién demonios es usted y qué hace en mi casa?

Sullivan se adelantó, sonriendo.

—Soy el jefe de la expedición a Marte, señor Sutton.

—¿Usted…?

—Sí. Ya lo ve. Me he hecho cargo de todo. —Y dirigiéndose al joven piloto—: Deme las señas de su familia, señor Carson. Voy a mandar a buscarla ahora mismo.

Hoppy sonrió, profundamente agradecido, dando las señas que el Tuerto, a un gesto de su jefe, anotó.

—Manda a unos muchachos, con un camión, a buscar a esa gente —ordenó el Rey de los Mendigos.

El Tuerto desapareció prestamente.

Durante aquellos, minutos, Sutton, completamente

congestionado, había intentado decir algo; pero no lo logró hasta entonces.

—¿Qué significa esto? —dijo por fin.

Sullivan volvió a sonreír.

—Ya lo ve, Sutton, que las cosas han cambiado un poco…

—Pero…

—¿Qué te creías, viejo ridículo? ¿Que te íbamos a permitir que embarcases a cuatro viejales como tú? Tu hijo está con nosotros; eso debe bastarte.

Los ojos del anciano se iluminaron, cobrando un nuevo brillo.

—Si Tom viene con nosotros, la cosa cambia.

Sullivan lanzó una carcajada.

—¡Claro que vendrá Tom! Pero, ¿quién te ha dicho que tú vendrás?

La palidez cubrió nuevamente el rostro del «viejo».

—¡Yo lo he pagado todo! ¡La astronave es mía! ¡Sólo mía! ¡Y el piloto no les obedecerá a ustedes; está a mis órdenes!

—No es verdad, mister Sutton.

Bart se volvió como una víbora hacia Carson que había pronunciado aquellas palabras.

—¡Canalla! —rugió.

Pero nadie le hizo caso.

Sullivan dio órdenes para que el refugio quedase definitivamente cerrado, saliendo y dejando a Sutton allí.

Momentos más tarde, los hampones penetraban en el palacio de Sutton, siendo dirigidos por Walker al hangar donde estaba situada la astronave.

—¿Está todo preparado? —inquirió Sullivan.

—Todo. Las provisiones fueron embarcadas hace dos días.

—Perfectamente. —Se volvió hacia Carson—: Esperaremos a que mis amigos vuelvan con su familia y saldremos inmediatamente.

—Gracias. Yo ya estoy dispuesto.

* * *

Las rampas seis y once habían sido destruidas por impacto directo.

Ya no se podía hacer nada.

Saliendo de entre los escombros, a los que la deflagración, aunque relativamente lejana, había reducido las demás

instalaciones, Alan avanzó como una persona ebria, alejándose de aquel infierno con pasos inciertos.

Todo había terminado.

A lo lejos, la humareda que planeaba sobre la ciudad le atraía fuertemente. Ardía en deseos de estar junto a los suyos, de abrazarse a su mujer y a Bob, esperando la llegada del último momento.

«No habrá ni vencedores ni vencidos.»

¡Qué gran verdad la que había brotado de los labios de aquel hombre que había pronunciado aquellas sabias palabras!

Todo el camino, hasta la ciudad, se hallaba completamente desierto. Aunque, en realidad, no era cierto; por cientos, paseando tranquilamente por las calles y avenidas desiertas, las ratas corrían en libertad, mofándose de la luz del sol, que hasta entonces habían rehuido.

Sacando su pistola, Alan derribó a algunos de los animales, los más osados, que se acercaban a él, hasta rozar casi sus botas de media caña.

—¿Creéis que soy ya un cadáver al que puede devorarse tranquilamente, malditas?

Pero pronto se cansó de disparar, limitándose a darles de patadas cuando se acercaban demasiado.

La proximidad de su barrio le llenó de emoción.

Por la humareda que salía de detrás, Alan calculó que la explosión de la bomba había sido peligrosamente cercana y que era posible que los hotelitos de aquella parte de la ciudad hubiesen sufrido algunos desperfectos. Aunque lo que indudablemente debía de pasar era que la acción de la nube radiactiva debía de haber llegado hasta allí.

El corazón de Alan se encogió de pánico.

Sin poder esperar más, corrió desesperadamente, con la pistola en la mano, como un poseso, penetrando en su calle por el extremo norte, por la parte más afectada.

Algunos chalets habían sido barridos por la catástrofe.

Pero más allá de los árboles, que habían quedado sin hojas, vio su casa y la de los Carson, que salvo los cristales, parecían haber resistido perfectamente la prueba a la que habían sido sometidas.

Siguió corriendo.

Fue entonces, al llegar junto a su casa, cuando vio que unos

hombres que acababan de bajar de un camión, se dirigían a la casa de los Carson. Y vio a Lana, la esposa de Eddie, que no debía haber muerto en las instalaciones atómicas, que gritaba desesperadamente, intentando rechazar a los hombres que visiblemente querían llevársela.

Alan no conocía a aquellos hombres. Y ciego de furor, disparó contra ellos, derrumbándolos en el suelo, muertos.

Luego se acercó a Lana.

Pero nada más ver sus ojos, extraviados y febriles, se percató de que había perdido la razón. También fue entonces cuando recordó que su esposa le había dicho que saldría para ver a sus padres al norte de la ciudad, en la zona que había recibido la bomba atómica.

¿Y Bob?

Una angustia horrible se apoderó de él. Y empezó a buscar al niño, inútilmente, dentro y fuera de la casa.

* * *

—¡Venga, chuta de una vez!

El pequeño Clark midió cuidadosamente la distancia que le separaba de su amiguito; luego, tomando impulso, dio una patada a la pelota, lo más fuerte que pudo.

Pero Bob, adivinando la trayectoria del balón, saltó ágilmente, cogiéndolo con ambas manos, en una parada impecable.

—¿Te has dado cuenta?

Clark asintió con la cabeza.

—Ya verás cuando estemos en Marte. No podrás para así como así.

—Lo haré igual, bobo. Allí seré mucho más ligero que en la Tierra. Y seguiré siendo un formidable guardameta. Oye.

—¿Qué?

—¿Crees que habrá habitantes en Marte?

—No lo sé.

—Pero, ¿tú qué piensas?

Clark meditó unos instantes.

—Que es posible que los haya.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Porque jugaremos tú y yo contra ellos. Seguro que no conocerán el fútbol y les daremos una paliza formidable.

—Eso me gusta más. Estaba un poco enfadado contigo.

—¿Por qué?

—Porque paras mejor que yo.

Bob sonrió; después, rascándose la rojiza pelambrera, dijo:

—No debes preocuparte por eso, Clark. Yo seré el portero y tú el delantero y el defensa al mismo tiempo. Ya verás la cantidad de goles que metemos a esos marcianos.

—¡Será estupendo!

Se habían sentado junto a la entrada del jardín.

—Hoy comes con nosotros, ¿verdad? —inquirió el pequeño Carson.

—Sí. Mamá se ha ido a ver a los abuelos. Seguro que me traerá algún regalo.

—¿Otro robot?

—¡Bah! Ya estoy cansado de robots. ¿Viste qué deprisa que se nos estropeó el otro?

—Es verdad. No son nada divertidos.

Lana Carson se asomó a la puerta.

—¡Dentro de diez minutos comeremos, niños!

—Está bien, mamá.

—No os olvidéis de lavaros las manos antes de venir a la mesa.

—De acuerdo, mamá.

Esperaron a que Lana desapareciera en el interior de la casa.

—¿Y tu tío Hoppy?

—No sabemos nada de él. Pero no debe de tardar en venir.

—¡Es un hombre muy simpático!

—Es estupendo. No hay nadie que construya astronaves como las que él hace.

—¡Ya me gustaría saber lo que él!

—Algún día, cuando estemos en Marte, nos haremos astronautas…

—Eso es lo que yo pienso también…

Nada más.

La explosión puso colores irritantes en la luz, que se convirtió en un sol cercano, que lanzaba hirientes cuchillos luminosos.

Mucho después, cuando pudieron levantarse del suelo, al que habían sido violentamente arrojados, se buscaron tendiendo las manos hasta abrazarse fuertemente el uno contra el otro.

Sus cuerpos temblaban.
—¿Qué ha sido eso, Bob?
—No lo sé. No veo nada.
—Yo tampoco. Se ha hecho de noche de repente. ¿Qué ocurre?
—¿Vamos a casa?
—Sí. Agárrate a mí y no me sueltes.
Y empezaron a andar, tomando el camino opuesto, con los brazos extendidos.
Cansados, después de tropezar unas cuantas veces, se sentaron detrás de un montículo de tierra, no lejos de sus casas.
Más tarde, cuando, sin decirse nada, con las manos apretadas, pensaban en mil cosas distintas, oyeron el ruido de un camión que paraba no lejos de allí.
Se acurrucaron, temblando.
—¿Quién será?
—Calla. Que no nos vean.
—¿Cómo van a vernos si es de noche?
Pero el pequeño Bob movió negativamente la cabeza.
—Nos hemos quedado ciegos, Clark.
Fue entonces cuando oyeron los disparos.
—¡Los rusos!
—¡Es la guerra!
Y, cogiéndose de la mano, corrieron sin dar importancia a los tropezones y caídas, encaminándose hacia el norte de la ciudad, donde el brasero y las radiaciones hervían todavía como en un sol recientemente apagado.

* * *

Habían salido de sus madrigueras.
En todas partes, en todos los continentes, en toda la tierra. Porque la desolación reinaba por doquier y no había quedado ningún punto habitado que no recibiese su carga de bombas termonucleares.
Eran las dueñas.
Tan grande era su número, la matanza que sufrieron en las primeras horas. Nada había sido para ellas. Devoraron tranquilamente los cadáveres de sus congéneres, empezando después con los de los hombres que las explosiones habían matado.
Era la Gran Fiesta.

¿Cuántos siglos habían esperado tan fausta ocasión?

Quizá, en el pasado, se presentaron circunstancias ligeramente parecidas a ésta, cuando las ciudades, después de saqueadas, fueron abandonadas por los hombres, dejando los cadáveres propios y los de los vencidos, en profusa confusión.

Entonces, quizá como ahora, las ratas habían salido de sus profundos cubiles y reinado, como absolutas dueñas, en las calles desiertas, apagando con sus agudos dientes el quejido agónico de un herido.

Pero, de todas formas, ahora era distinto.

¡La Tierra entera les pertenecía!

La estúpida especie que, como dueña y señora, había reinado sobre el planeta, se había autoaniquilado locamente. Y, al hacerlo, había abierto las puertas de la hegemonía terráquea a las ratas.

Ahora nadie podía esquivarlas ni combatirlas.

Los hombres, los pocos que vagaban aún por los caminos, con los ojos desorbitados por el horror, cuando no convertidos en dos globos ciegos, eran incapaces de pensar en nada, de defenderse contra nada. Sólo escapaban.

Porque, además de sus miembros heridos, la locura del mundo les había herido, aún más profundamente que en la carne, en lo hondo del alma, haciéndoles ver el propio horror desde dentro.

Más tarde, no mucho, las venenosas radiaciones que flotaban en el aire, pegadas a la tierra como una niebla de desolación, hirieron también a las ratas.

Muchas de ellas quedaron ciegas.

Pero, ¿qué podía importarles?

¿Acaso no habían vivido durante milenios en la oscuridad más densa que pudiese concebirse?

Y chillaron, ciegas o no, buscando afanosamente a su presa. Porque era la Gran Fiesta.

La Gran Fiesta de las Ratas.

CAPÍTULO VIII

Sullivan, junto a la astronave que estaba ya en posición de

despegue sobre la rampa, consultó nuevamente su reloj, frunciendo el entrecejo.

—Debían de estar de vuelta.

Acababa de mandar al Tuerto, con otros dos, en busca de los que anteriormente había enviado en busca de la familia de Carson.

Todos sus hombres, excepto los que estaban a su lado, armados hasta los dientes, estaban ya en la astronave y esperaban con impaciencia la hora de partir.

También había entrado en ella Tom Sutton, al que el Rey de los Mendigos había dicho que su padre iría al interior un poco más tarde, ya que estaba despachando unos asuntos de primerísima importancia.

Junto a Sullivan, Hoppy se mordía nerviosamente los labios, inquieto por el retraso de los suyos.

—Tardan mucho.

El vagabundo asintió con la cabeza.

—Si no vienen dentro de tres minutos nos vamos. Es peligroso esperar más.

Carson fue a decir algo, pero una serie de detonaciones próximas se lo impidió. Momentos más tarde, el vehículo que habían utilizado el Tuerto y sus dos amigos entraba, en tromba, en el hangar. Frenaron secamente, junto a Sullivan, y el Tuerto saltó ágilmente del vehículo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Carson, adelantándose al recién llegado.

—No encontramos a nadie. La mujer se había vuelto loca y un hombre, más loco aún que ella, mató a los otros. No vimos a ningún niño y eso que inspeccionamos la zona minuciosamente. ¡Aquello parecía el infierno!

—¿Y esas detonaciones?

—Hemos tenido que disparar. Alguien ha debido de decir que nos vamos y que aquí hay una astronave. Y todo el mundo quiere escapar como nosotros.

—¡En marcha! —rugió Sullivan.

Pero Carson se le plantó, fieramente:

—¡Yo me quedo! ¿Qué puede importarme un cargamento de bandidos si mi familia está en peligro?

—¡Vamos! —ordenó, secamente, el Rey de los Mendigos.

Hoppy echó a correr, justo en el momento en que una multitud enardecida penetraba por la puerta del hangar.
—¡Se va, Sullivan!
—¡No se irá!
—¡Alto!—gritó el Tuerto roncamente.
Pero Sullivan no perdió el tiempo en avisos, que estaba seguro que el otro no escucharía. Sacó la pistola y dos detonaciones sonaron casi simultáneamente.
Hoppy cayó de bruces.
—¿Lo has matado? —inquirió el Tuerto, pálido.
—¡No seas idiota! ¡Id por él! Le he disparado a las rótulas para impedir que se vaya…
Tres hombres corrieron hacia Carson.
Las balas empezaban a silbar peligrosamente cerca y algunas rebotaban sobre la cubierta de la astronave.
—¡Aprisa!
Momentos más tarde, Carson era introducido en la astronave.
—¿Ha perdido el conocimiento?
—No.
Tres vagabundos cayeron para siempre, antes de que la escotilla del espacioso cohete estuviese convenientemente cerrada. El Tuerto, que se había asomado a uno de los ojos de buey, se volvió, inquieto, hacia Sullivan:
—¡Van a destruir el aparato!
—No corras tanto, amiguito; espera y verás…
Fueron hacia la cabina del piloto, donde Carson estaba ya sentado en su asiento de mando.
Como había dicho el Tuerto, no había perdido el conocimiento, pero estaba mortalmente pálido, con los labios apretados para resistir el dolor intolerable de sus heridas.
—No puedo más… —dijo.
Sullivan sonrió.
—Te administraremos un calmante en cuanto nos hayas sacado de aquí. Si no lo haces yo mismo te meteré la sal a puñados en las heridas…
Hoppy asintió con la cabeza y haciendo un poderoso esfuerzo, pulsó los botones de encendido.
La salida de los chorros de llamas hizo que la multitud que

rodeaba la astronave, con ánimo de destruirla, retrocediese hasta el fondo del hangar.

Maniobrando hábilmente el aparato, Carson lo hizo salir del hangar, deslizándolo sobre los rieles que lo llevaron hasta la rampa de lanzamiento. Una vez allí hizo marchar la palanca que ponía en ignición todos los cohetes del primer tramo.

—Átense los cinturones —dijo, hablando junto a los micrófonos.

Un instante después, el rugido se hizo ensordecedor, seguido de un silencio absoluto, ya que había sobrepasado, largamente, la velocidad del sonido.

Marcharon hacia el espacio.

Cuando hubo conectado los mecanismos «antiaceleración» y «gravitatorios locales», se volvió hacia Sullivan, que estaba sentado detrás de él.

—El calmante, por favor.

Sullivan se desató el cinturón y ordenó al Tuerto que fuese a por una buena dosis de pentotal; después, acercándose a Carson se arrodilló ante él, destrozando sus pantalones para hacerle una improvisada cura.

—Si no hubiese sido tan necio, nada de esto hubiera ocurrido —dijo.

Carson no contestó.

Después del vendado, Sullivan se puso en pie y miró fijamente al joven.

—Tiene que llevarnos a Marte, ¿entiende?

—Lo intentaré.

—¿Importa si duerme un poco, o debe estar despierto para guiar este cacharro?

Carson iba a decir algo; pero, en aquel momento, se percató de que, si lo hacía, podía darse por muerto.

—La nave puede ir un poco como ya ahora. Puedo dormir unas horas sin que haya peligro.

—Está bien.

Le inyectaron una dosis de pentotal y Carson se quedó profunda e inmediatamente dormido.

—Quédate aquí de guardia, Tuerto.

—Está bien. No se morirá, ¿verdad?

Sullivan descubrió sus dientes al sonreír fríamente.

—No, por ahora. Las heridas son bastante feas.

—¡Si se muere, estamos perdidos!

—Te he dicho que no dejaré que se muera, por lo menos hasta que lleguemos a Marte.

Y salió de allí.

Atravesando pasillos y cambiando de piso, llegó al lugar donde estaban los camarotes que muchos de sus hombres habían ocupado.

—¿Sabes dónde están los dos tortolitos? —preguntó a uno de ellos.

—Allí.

Sullivan llamó a la puerta y fue Dora quien le abrió.

—Hola, princesa. ¿Cómo va eso?

—Lo hemos pasado bastante mal —dijo ella—, pero ya estamos recuperados del mareo.

—¿Y Tom?

—Está aquí. Pasa.

Sullivan penetró en la cabina.

Nada más que mirar al joven, se dio cuenta de que no había ninguna amabilidad en aquella expresión ensombrecida del rostro de Sutton.

—Hola —saludó el Rey de los Mendigos.

—¿Dónde está mi padre?

Sullivan se encogió de hombros.

—No pudimos hacer nada, te lo aseguro. Cuando íbamos a buscarlo, aquella gentuza invadió el hangar y, si nos descuidamos, queman la astronave.

Tom se mordió los labios, pero no dijo nada.

Entretanto, el Tuerto, cansado de estar allí y con la garganta reseca, abandonó la cabina, cerrándola cuidadosamente. Sabía que Sullivan estaría con los dos jóvenes y se deslizó, silenciosamente, hasta las cabinas que estaban al lado de la cocina, donde pudo fácilmente saciar la sed, junto a sus alegres compañeros.

En la cabina de Tom, Sullivan estaba hablando de los magníficos proyectos que se había forjado.

—He leído que, según parece, hay habitantes en Marte.

—Yo preferiría que no los hubiese —dijo la muchacha.

—¿Por qué? Nos considerarán como dioses, cuando nos vean llegar en la astronave.

—No me diga —habló Tom con sarcasmo.

Sullivan le miró un segundo antes de proseguir:

—Siempre he soñado, al leer las aventuras de los grandes conquistadores, en todo lo que éstos pudieron ganar gracias a su audacia y su poder. Cada vez que leí que los blancos cambiaban cuentas de colores por oro... ¿Te imaginas eso, Dora? Los marcianos, ya lo verás, serán seres atrasados. Y los convertiremos en los súbditos más sumisos del universo. Todas sus riquezas pasarán a nuestro poder. Y cuando regresemos...

—¿Regresar? ¿Dónde?

Tanto Dora como Sutton miraban ahora al Rey de los Mendigos, asombrados.

—No seas estúpida. A la Tierra. ¿Dónde quieres regresar, si no?

—¿A la Tierra? ¿A ese infierno? ¿Has perdido la cabeza, Sullivan?

—Sullivan no perdió nunca la cabeza. He leído mucho y sé que el peligro de la radiactividad desaparecerá, sin duda alguna, dentro de unos diez años... Entonces volveremos.

Entornó los ojos, sin hacer caso de la expresión hostil de Tom.

—Después de Marte, la Tierra será nuestra.

Asqueado, Sutton se puso en pie.

—Voy a darme una vuelta, Dora. Pronto volveré.

—No tardes, querido.

Y cuando hubo salido, Sullivan se acercó a la muchacha.

—¿Sabes una cosa, Dora?

—¿Qué?

—Que fuera de la mujer de Walker, eres la única muchacha de a bordo. Y no creo que me gusten las marcianas.

Ella acababa de leer algo horrible en los ojos de aquel hombre, en el que había confiado neciamente hasta entonces.

Intentó retroceder, pero ya fue demasiado tarde.

Los brazos potentes de Sullivan la habían rodeado con la fuerza de un cepo de acero.

* * *

Tom se dirigía a la cabina de mando.

Había vagabundeado durante cerca de una hora por toda la astronave, con los dientes apretados, seguro de lo feliz que habría sido su padre de haber podido venir con él y con los hombres que

había elegido sin que ningún granuja como Sullivan y los suyos hubiese llegado a poner el pie en la nave del espacio.

¡Había sido culpa suya!

Su estúpida pasión por Dora, a la que ahora conocía perfectamente bien, ya que había comprendido el papel que ella había jugado en toda aquella horrorosa combinación, había desaparecido.

Ya no la quería y el odio había penetrado hondamente en el alma del joven.

—¡Soy el peor de los canallas! —dijo en voz alta.

De todas formas, su espíritu empezó a analizar la posibilidad de una venganza y al materializar sus ideas llegó hasta sonreír, aunque en realidad aquel gesto tuvo más el aspecto de una mueca que de cualquier otra cosa.

Penetró en la cabina, cerrándola con llave desde dentro.

Carson seguía profundamente inconsciente.

Después de mirar largamente al piloto, única persona que podía conducirlos hasta Marte, Tom recorrió la cabina, descubriendo una escalera metálica por la que subió, percatándose entonces de que, desde arriba, se avistaba el largo pasillo que conducía desde el resto de la astronave hasta la misma cabina.

Volvió a sonreír.

El plan se iba concretando en su mente y ya no le cabía duda alguna de que podría, con un poco de suerte, ser el único que llegase a Marte, ya que, si todo salía bien, los harapientos bandidos que se habían convertido en tripulantes, dejarían de existir.

Bajó nuevamente junto a Carson y se apoderó del micrófono.

—¡Atención! ¡Atención! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Estoy en la cabina de mando y voy a matar al piloto! Si lo hago, nadie llegará a Marte. Los que estén conmigo y deseen seguir el viaje, deben matar a Sullivan y a la serpiente que está con él... ¿Me oís?

Una docena de voces se entrecruzaron; pero, sobre todas ellas, la de Sullivan sonó con más fuerza.

—¡No le hagáis caso, muchachos! ¡El Tuerto está en la cabina y no habrá dejado entrar a ese imbécil!

Tom no tuvo que molestarse en contestar. Una voz, colérica, sonó, inmediatamente después de la de Sullivan.

—¡Embustero! ¡Wilson, el Tuerto, está con nosotros!

—¡Voy a partirle en pedazos!

Sutton creyó que había llegado el momento de intervenir de nuevo.

—¡Ya veis que tengo razón! ¡Matad a Sullivan y a Dora! ¡Matad al traidor de Walker, que engañó miserablemente a mi padre! ¡Matadlos a todos y cuando lo hayáis hecho venid a la cabina! ¡Dentro de diez minutos, si no me habéis obedecido, mataré al piloto!

Dejó el altavoz conectado y sonrió, esta vez de verdad, al oír los rugidos de rabia de aquellos enardecidos granujas que habían ingerido el suficiente alcohol como para enloquecerse.

Momentos más tarde, los primeros disparos, o sus distorsionados ecos, llegaron hasta él.

Abandonado su puesto, junto a Carson, sacó la pistola y se encaramó velozmente por la escalerilla metálica, rompiendo el cristal de la ventanilla que daba al pasillo.

Después de agazaparse esperó.

Ahora, a través del orificio que había abierto, podía oír claramente el estampido de los disparos.

Se estaban matando entre ellos, tal y como él lo había previsto al desencadenar su acción.

Poco después, un silencio de muerte reinó en la astronave.

Sin poderlo evitar, Sutton sintió frío en la espalda y al mismo tiempo un sudor pegajoso le corrió lentamente por todo el cuerpo.

El pasillo, ante él, seguía completamente desierto.

Hasta que, de repente…

Las siluetas de los cuatro hombres se dibujaron en el fondo y Tom vio al Tuerto yendo en cabeza.

—Hay que tener cuidado —oyó que decía Wilson—. En cuanto estemos en la cabina y veamos al piloto con vida, matamos a ese idiota. Ahora no somos más que cuatro y todo lo que encontremos será para nosotros. Lo interesante es el piloto.

—De acuerdo.

Avanzaron quedamente y Tom esperó que sus siluetas se dibujarán perfectamente.

Después, incorporándose un poco, hizo fuego.

El Tuerto cayó, girando sobre sí mismo, como una peonza.

Tom disparó de nuevo.

Otro de los bandidos que se había lanzado al suelo como los demás, se estremeció, quedándose completamente inmóvil.

Los otros dos, con un pánico indescriptible, intentaron escapar, retrocediendo hacia donde el pasillo se doblaba en ángulo recto. Pero la puntería de Sutton les impidió la huida. Nunca hubiera imaginado que la victoria iba a ser tan sencilla.

Se puso, en pie y contempló los cuerpos de sus enemigos.

Luego se volvió de espaldas.

Fue entonces, en aquel preciso momento, cuando el Tuerto, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban se incorporó un tanto y con los ojos velados ya por la muerte próxima extendió el brazo armado y disparó después de apuntar cuidadosamente a la nuca de su enemigo.

La detonación resonó con mil ecos en la astronave.

Tom Sutton cayó fulminado como por un rayo. Su cuerpo rebotó en el suelo, deslizándose por la escalerilla metálica y precipitándose a la cabina tres metros más abajo, quedando inmóvil, no lejos del asiento del piloto.

* * *

Algo, en el fondo tenebroso de su inconsciencia, dijo a Carson que no podría despertarse nunca. Se angustió espantosamente al pensar que la dosis de pentotal que el inexperto Sullivan le había puesto, sin llegar a ser mortal para una persona normal, podía serlo para él en el estado de debilidad en que se hallaba.

No tenía miedo a la muerte.

Desde que el Tuerto había hablado del infierno en que se había convertido la ciudad, en la locura de su cuñada y en la de su hermano, nada podía importarle.

Sin embargo, entre sueños, se maldecía de no haber desconectado el piloto automático que, aunque él muriese, llevaría a la astronave como un dócil corcel, hasta Marte.

Le daba rabia pensar que, después de todo, aquellos granujas se iban a salir con la suya.

Movilizó desesperadamente todas las energías de su adormecido cuerpo; pero no logró absolutamente nada. El pentotal había penetrado en su cerebro y desconectado las palancas que podían haber movido el brazo para lograr, al menos, desconectar el piloto automático, única cosa que le hubiera satisfecho antes de morir.

Durante mucho tiempo las ratas vagaron por la despensa, devorando glotonamente todo lo que hallaban a su paso, contentas de haber encontrado al fin, un sitio tranquilo para vivir.

Las detonaciones, cuyo eco llegó hasta ellas, las pusieron un tanto nerviosas; pero cuando la batalla cesó, después del último disparo, volvieron a sus quehaceres corriendo, gritando, luchando y jugando con las panzas brillantes y redondas de tanta comida devorada.

Esta vez toda la aventura la empezó un macho joven que, con el espíritu aventurero de toda rata, salió de la despensa recorriendo la astronave, cuyo silencio y quietud eran completamente tranquilizadores.

Hasta que su hocico sufrió unas nerviosas convulsiones, al tiempo que sus pelos, en el lomo, se erizaban de placer.

Acababa de oler la sangre.

La emoción lo dejó inmóvil, con el hocico levantado, sin osar hacer el menor movimiento, como si temiese que al hacerlo pudiese desaparecer aquel olor que le causaba tan vivo placer.

Sin embargo, aquella joven rata no había comido jamás nada que no fuesen las provisiones del almacén de víveres de la astronave.

Pero el «olor», así entrecomillado, era algo que, como una tradición inolvidable, pasaba de generación a generación, inscrita en el cerebro de las ratas, que no podían olvidar jamás su calidad de carnívoras.

El «olor».

De haber sido un macho más experimentado no hubiera dudado en ir a saciar el apetito ancestral que le gritaba desde su cerebro, causándole escalofríos de gozo. Pero era demasiado joven y no se atrevía a hacer nada por sí solo.

Por eso, después de saciarse olfativamente, corrió hacia su pueblo gritando su alegría desde que penetró en la despensa de la nave.

Pero las ratas son desconfiadas. El pobre macho recibió algunas dentelladas, ya que los viejos no querían creer en tal maravilla. Ellos también, durante toda su vida, habían buscado afanosamente el «olor»; pero acabaron convenciéndose de que no se trataba más que de un mito que las generaciones habían ido transmitiendo, pero sin ninguna posibilidad real de existencia.

No obstante, cuando vieron que el maltrecho jovencito, a pesar de sus dolorosas heridas, seguía «gritando» su verdad, vieron que podían seguirle para comprobar su aserto, ya que lo matarían y lo devorarían en caso de que los hubiese engañado, aunque el placer de comer a un congénere no podía equipararse a la presencia del verdadero «olor».

Corrieron por pasillos y estancias, subieron las escaleras en manada, precedidos por el joven macho.

Hasta que el olor llegó a ellos.

Fue entonces una carrera alocada, disparatada. Los gritos repercutían por todas partes y nadie hubiese sido capaz de detener a aquella formación grisácea que se saltaba todos los obstáculos.

Al llegar al pasillo, lleno de cadáveres, los gritos enmudecieron y las ratas, vibrantes de entusiasmo, se lanzaron sobre la presa que, a través de los siglos, había hecho posible la existencia del olor, el hombre.

Muchas horas más tarde, un grupo de las más audaces logró, marchando en equilibrio sobre una especie de cornisa, llegar al ventanuco cuyo cristal había roto Tom.

Y penetraron en la cabina.

Junto al cadáver de un hombre, sobre el que se lanzaron glotonamente, había otra de aquellas odiadas criaturas que aún no había muerto.

Las ratas despacharon poco a poco el cuerpo de Tom Sutton. Después, durante mucho tiempo, esperaron ahítas en su rincón mirando medio adormecidas al otro hombre.

Su intuición les decía que aquella criatura no podía moverse y que, sin embargo, estaba aún llena de vida.

Y pasaron las horas.

El hambre volvió a morder los cuerpos de las ratas. Otras, guiadas por el «olor» habían llegado hasta allí.

Una de ellas, más audaz que las demás, se acercó al piloto y poniéndose en pie, sobre los cuartos traseros, olfateó las manchas oscuras que maculaban el vendaje de las rodillas.

Permaneció así largo rato, bajo la mirada vigilante de las otras; después, asustada, cuando el hombre abrió los ojos, corrió lejos de allí, seguida por los agudos chillidos de sus congéneres...

EPÍLOGO

O-Lok se volvió hacia su compañero, después de separar su rostro del visor del potente telescopio.

O-Mak movió negativamente la cabeza.

—No, no lo es. He estudiado la trayectoria y ningún meteorito puede modificarla como ese punto brillante que se acerca a nosotros.

—¿Entonces?

O-Mak se mordió los labios, experimentando un intenso desasosiego.

—No sé. La hipérbole que resulta del estudio de la trayectoria de ese cuerpo hace pensar que procede del Tercer Planeta.

—¿No es demasiado atrevida esa hipótesis?

—Sí que lo es.

Permanecieron unos instantes en silencio. Después, O-Lok dijo:

—Tendremos que informar al Gobierno, si se trata de «ellos».

—Casi estoy por no dudarlo. Hemos captado las impresiones electromagnéticas que nos demuestran que conocen la energía atómica...

—Sí, son más inteligentes y están más avanzados que nosotros. Por eso vienen a visitarnos a bordo de esa astronave.

—Va a ser el momento más emocionante de la historia de Marte.

O-Lok frunció el entrecejo.

Era un joven alto, de cabellos dorados y amplia frente de intelectual.

—No vendrán en son de guerra, ¿verdad?

O-Mak sonrió.

—Seguro que no. Si sus intenciones fueran malas, hubiesen movilizado una verdadera flota de astronaves; pero si ese punto brillante es una nave del espacio, no vendrán en ella más que hombres de ciencia deseosos de estudiar nuestra civilización.

—Van a extrañarse. Nuestra técnica es, indudablemente, inferior a la suya.

—No será motivo alguno de decepción, O-Lok; si estamos atrasados respecto a su técnica, seguro que nuestras artes y nuestras

filosofías no han sido igualadas por el habitante del Tercer Mundo.

—¿Serán como nosotros?

—No lo sé. Es probable que las diferencias sean mínimas, imperceptibles. Estamos seguros de que todos los habitantes del Sistema Solar somos semejantes.

O-Lok se había acercado nuevamente al telescopio y aplicó su rostro al visor; casi inmediatamente lanzó una exclamación irresistible.

—¡Es una nave del espacio!

O-Mak se apresuró a mirar a su vez.

—Lo esperaba —dijo con una mayor tranquilidad que la de su joven amigo—. Todos los cálculos abocaban a eso… Hemos de prevenir al Gobierno. ¿Vienes conmigo?

—Prefiero quedarme aquí… ¡Es tan emocionante!

* * *

Los cálculos habían hecho posible conocer, con una exactitud matemática, el punto donde aterrizaría la nave del espacio que se acercaba velozmente a Marte.

Más de cien mil personas, difícilmente contenidas por una doble barrera de policía, uniformada de gala, se agolpaban en el punto previsto que coincidía con uno de los espaciódromos de reciente construcción en el planeta.

El Gobierno en pleno, además de todos los Institutos, Academias y claustros de las Universidades marcianas, estaban presentes, conteniendo apenas la emoción que les embargaba.

Traductores espaciales estaban dispuestos para, por medio de proyección de películas y reproducción de objetos comunes, llegar a un pronto entendimiento con los tripulantes procedentes del Tercer Mundo.

La ansiedad era indescriptible.

Grandes altavoces no cesaban de gritar las consignas que los sabios habían dictado para la multitud.

—¡Atención! ¡Atención! Recordad que los seres que se acercan a nuestro mundo son criaturas inteligentes, ya que han sido capaces de realizar este fantástico viaje… Por muy repulsivos que nos parezcan, a pesar de que pensamos que no se diferencian mucho de nosotros, hemos de refrenar nuestra natural repugnancia haciéndoles ver que, fuera cual fuese su forma física, les admiramos

y consideramos como amigos.

»El Gobierno ha dictado órdenes severas para que nuestros huéspedes gocen de la proverbial amistad marciana. El Gobierno está completamente seguro de que nada obstaculizará la comprensión que, desde el primer momento, ha de existir entre los habitantes del Tercer Mundo y nosotros.

»Midamos serenamente, pero sin evitar, la emoción natural que nos produce la llegada de nuestros visitantes, la importancia de esta fecha, que ha de inscribirse con letras de oro, ya que, a partir de este momento, el Sistema Solar empieza a formar un solo pueblo. De aquí a la unión de todos los planetas, en una hermosa amistad, no hay más que un paso.

Hubo un corto silencio; después, los megáfonos volvieron a dejarse oír:

—¡Atención! ¡Atención...! La nave del Tercer Mundo está ya en nuestra atmósfera y se dispone a tomar contacto con nuestro suelo...

»¡Hela aquí!

En efecto, la nave acababa de pasar sobre los cientos de miles de cabezas como un pájaro de plata, describiendo círculos y perdiendo paulatinamente altura.

Finalmente, la nave del espacio cabeceó graciosamente.

Sus toberas exhalaron las últimas llamaradas y, potente y majestuosa, se posó blandamente en el centro del espaciódromo.

El silencio era impresionante.

La nave se había detenido, pero nadie se atrevía a acercarse a ella. Durante un par de minutos los corazones de todos los marcianos presentes y de los que, a través de la radio y la televisión, seguían la escena, latieron con más fuerza que nunca.

La puerta de la nave se abrió automáticamente.

Una rampa plateada apareció, al mismo tiempo que el fondo de una cámara metálica, que debía ser el salón de salida del artefacto.

Doscientos mil ojos y cien aparatos de televisión enfocaron aquella abertura por la que, de un momento a otro, aparecería el primer ser del Tercer Mundo que verían los ojos de los marcianos.

Pero el tiempo transcurrió lentamente y un susurro desaprobatorio empezó a recorrer la multitud.

O-Lok inclinó la cabeza hacia su amigo.

—¿Y si fuesen invisibles?—inquirió.

—No —dijo O-Mak—; es imposible.

Y de repente, algo minúsculo apareció en la rampa, mirando con los ojuelos entornados hacia aquella multitud que la contemplaba.

Era una rata.

—¡Una rata! —dijo alguien.

—¡Es increíble!

Súbitamente todas las ratas salieron, haciendo gritar a las mujeres y enfureciendo a los hombres, como si creyesen que eran objeto de una broma de mal gusto.

Las ratas huyeron hacia los hangares y edificios del espaciódromo. Muchas fueron muertas, pero el resto desapareció prestamente.

Entonces, un grupo de policías, fuertemente armado, penetró en la extraña astronave. La visión de los esqueletos pelados de sus tripulantes les hizo comprender la tremenda tragedia que se había enseñoreado del aparato. Y cuando, desesperados, perdían las esperanzas de conocer a los habitantes del Tercer Mundo, hallaron a Carson, y una sonrisa de esperanza apareció en sus rostros.

Las ratas no habían llegado solas a Marte.

* * *

Las ratas de Marte eran más pequeñas que las terrícolas y con un pelo completamente rojizo.

¡No importaba!

Al principio miraron con desconfianza a aquellos animales, sus lejanos hermanos, que habían llegado desde un mundo inconcebible, tanto para ellas como para las viajeras.

Pero pronto uno de los machos rojizos se acercó, husmeando a una joven hembra de la Tierra. Y sin necesidad de ningún traductor se frotaron el hocico, comprendiéndose inmediatamente.

La rata marciana y la rata de la Tierra se alejaron deseosas de demostrar que la vida estaba en ellos por encima de la frontera fría del espacio, que hasta entonces se les había interpuesto como un abismo sin fin.

Y las ratas se instalaron en Marte…

F I N